

La **Q**uincena **MTY**

política • sociedad • cultura

178
FEB/19

\$50.00 www.laquincena.mx

EL INTELECTUAL EN SU CIRCUNSTANCIA REGIOMONTANA

Humberto Salazar • Ximena Peredo • Abraham Nuncio • Hugo Esteve Díaz
Benjamín Palacios Hernández • Ricardo Marcos / Manuel Yarto • Abel Garza Martínez
Cris Villarreal Navarro • Mario Nieves • Eloy Garza González • Luis Frías Teneyuque
Edilberto Cervantes Galván • Lídice Ramos Ruiz • Gil Gallardo Montejano • Luis Martín
Xavier Araiza • Sergio Elías Gutiérrez • Alfonso Teja Cunningham • Jesús González Ramírez
Gerson Gómez • Hugo Valdés • José Javier Villarreal • Minerva Margarita Villarreal

Gracias a *El Porvenir*
Lupita Rodríguez Martínez

Entrevista con Armando Alanís Pulido
Eligio Coronado

Si no tiene cabeza pa'nada
Ismael Vidales Delgado

Opinología
Jorge Castillo

Décimas del Profeta Berna
G. Berrones





Video Opinión Matices

(Desde www.15diario.com)

CARTÓN DE CHAVA



Intelectuales en Nuevo León

Humberto Salazar

Existe una idea muy difundida de que Nuevo León no ha sido, históricamente, campo propicio para el trabajo intelectual, porque los nuevoleonenses, y más precisamente los regiomontanos, son personas pragmáticas, orientadas hacia los aspectos prácticos de la vida, más que a la elucubración y a la reflexión intelectual. Como muchas ideas “muy difundidas”, ésta es una afirmación que puede ser apoyada o desmentida por diversos hechos y evidencias.

Comencemos por definir, en forma breve y sin pretensiones teóricas, lo que entendemos por “intelectual” en nuestra época. Es una persona que se dedica profesionalmente a actividades de tipo intelectual y que además participa en la discusión de los asuntos de interés público. Muchos de los intelectuales estudian profesionalmente carreras de ciencias sociales y humanidades, aunque también hay intelectuales que son físicos, médicos o biólogos, de modo que lo principal entonces es su participación en la discusión pública, más que la actividad a la que se dedican. Por eso se puede hablar incluso de intelectuales que forman parte de la clase trabajadora.

El surgimiento de los intelectuales modernos está relacionado con el surgimiento de la opinión pública, que fue posible gracias a la secularización de la sociedad, al inicio del periodismo moderno y, en nuestro medio, al proceso de independencia política de España; en México y en Nuevo León, esto quiere decir el siglo XIX.

Los abogados-políticos que gobiernan el estado a partir de 1825 son los primeros intelectuales en nuestro medio. Estos abogados y médicos políticos verán agregarse luego a los políticos-militares, a partir de las guerras de Reforma. En ese siglo los intelectuales más destacados serán médicos, como José Eleute-

rio González y Hermenegildo Dávila; abogados y periodistas, como Enrique Gorostieta y Lázaro Garza Ayala, o militares-gobernantes como Bernardo Reyes.

El cambio de siglo verá la proliferación de intelectuales-periodistas militando en dos bandos: el reyista y el anti-reyista. Son los años en que el periodismo es más de ideas que medio informativo. El primer periódico de carácter más informativo que militante será el fundado hace cien años por Jesús Cantú Leal y Porfirio Barba Jacob, *El Porvenir*.

A lo largo del siglo XX los intelectuales locales irán transitando del periodismo, la política y la literatura, a las ciencias sociales y las humanidades (a partir de que se crean los estudios universitarios). En ese tránsito, los intelectuales suscriben las más diversas ideologías y creencias que jalonan la vida político-intelectual de nuestro país: clericalismo, liberalismo, positivismo, jacobinismo, socialismo, conservadurismo, estalinismo, hispanismo, fascismo, comunismo, cristianismo, ecologismo y todos los ismos y coloraturas de la paleta ideológico-política mexicana de los siglos XIX al XXI, incluyendo por supuesto al cinismo.

Que Monterrey y Nuevo León han sido poco propicios a la actividad intelectual lo desdice el hecho de que la Facultad de Filosofía de la UNL fue la tercera facultad de humanidades que se creó en el país. La primera fue la de la Universidad Nacional, fundada como Escuela de Altos Estudios en 1910, aunque comenzó realmente a existir después de la Revolución; la segunda (1943) fue la del Centro Cultural Universitario (más tarde Universidad Iberoamericana); y la tercera la nuestra, fundada en 1950 por Raúl Rangel Frías. (Eso sin considerar que la FFYL-UNL se creó desde 1933, aunque existió solo en el papel, con la primera Ley Orgánica.)

Cuando hablamos de intelectuales

de Nuevo León o de Monterrey debemos preguntarnos primero si nos referimos a *originarios de* o a *actuales* en Nuevo León. Si es lo primero, entonces Gabriel Zaid es uno de los más notables que ha prohiado nuestro estado; si es lo segundo, entonces Gonzalitos (de Guadalajara), Agustín Basave (jalisciense), Rosaura Barahona (del DF) y Abraham Nuncio (también de Anáhuac) estarían entre ellos.

Para documentar nuestro pluralismo, mencionemos a una variopinta muestra de nuestros más destacados intelectuales y sus muy diversas orientaciones (intelectuales y viscerales): José Eleuterio González (liberal-humanista), Enrique Gorostieta (liberal, aunque después fue huertista), Nemesio García Naranjo (anti-reyista y después huertista), Moisés Sáenz (humanista-indigenista), Alfonso Reyes (liberal-humanista), Alfonso Junco (católico y después franquista), Héctor González (liberal), Mateo A. Sáenz (liberal-socialista-jacobino, válganos el triple oxímoron), Ángel Martínez Villarreal (socialista y callista), Raúl Rangel Frías (liberal-humanista), Juan Manuel Elizondo (socialista), José Alvarado (socialista-humanista), Agustín Basave (cristiano), Máximo de León Garza (comunista), Gabriel Zaid (liberal), Severo Iglesias (espartaquista, después liberal), Rosaura Barahona (liberal-feminista), Abraham Nuncio (socialista) y un largo etcétera que llega hasta nuestros días con figuras como Francisco Gómez Hinojosa (católico-humanista), Luis Lauro Garza (socialdemócrata), Arnulfo Vigil (socialista contracultural) y Ximena Peredo (demócrata y ecologista), para no hablar de los exponentes de las más nuevas preocupaciones sobre el veganismo, la ética animal y la primavera de mil flores de la diversidad sexual.

Nosotras las intelectuales

Ximena Peredo

¿Cómo te presento?, me dicen con la punta de la pluma presta sobre el papel, esperando una respuesta rápida. ¿Qué tal si como “intelectual”?, sugeriré la próxima vez. *Nononono*, dirán petulante, excesiva, igualada.

Dios mío, dirán elitista, burguesa, privilegiada, pero aquí voy: precisamente, una de las funciones de la intelectual –de la persona intelectual– es que se atreve a transgredir las creencias, como por ejemplo ésta: para ser intelectual, basta con que un grupo de hombres lo reconozca. Al diablo la realidad, con que lo digan *ellos* basta. ¿Y a quién reconocen con mayor facilidad? A un hombre, claro, de preferencia blanco, entrado en años.

Las mujeres intelectuales, académicas, escritoras, críticas, no calzamos con la representación que desde la Ilustración se tiene del “pensador”. Esto no significa que nuestras ideas no hayan provocado revoluciones, simplemente no fuimos autorizadas para escribirlas. Primer hallazgo: la mujer intelectual tiene que escribir para representarse a sí misma, tan es así que en el siglo XX y claramente en el XXI, se vuelve absurdo negar no sólo la existencia, sino la importancia de las mujeres pensadoras.

No voy a defender un modo de ser intelectual desde lo femenino. Las capacidades son similares entre hombres y mujeres, aunque sí reconozco que el privilegio es una limitante intelectual. Las cosas desaparecen cuando incomodan a la mente.

Pero no sólo escribir y publicar nos visibilizó. A la par de la apropiación de la *representación intelectual* vía nuestros textos, la idea dominante de “el intelectual” entró en una prolongada crisis. Dejaron de representar contrapesos, se volvieron ilegibles, perdieron escandalosamente una vigencia histórica. La imagen icónica del hombre intelectual, sumado a la caída de los medios que los revestían de autoridad, volvieron la idea de “intelectual” un testigo del pasado, un personaje rancio, agotado históricamente. Esta pulverización del juego de mutuas autorizaciones –el colapso de los tótems–, permitió que se advirtiera lo que siempre ha estado ahí pero no se le veía: las otras voces intelectuales, entre tantas, las de las mujeres.

Ahora bien, ¿conviene recuperar el concepto de intelectual cuando ha caído prácticamente en desuso? Yo pienso que sí. La persona intelectual ejerce una importante función social: provee un servicio fundamental a su sociedad. Nos desdobra para vernos, empodera la capacidad crítica de las personas; funge como contrapeso a las ideas o incluso a los poderes dominantes, ejerce una autoridad en el sentido de que sus ideas convocan, y se le atiende con interés. Quienes brindamos servicios intelectuales tenemos un oficio que debe reconocerse como cla-

ve en la transformación social.

Ahora bien, esto no ha ocurrido en Nuevo León. Más aún, inconformarse desde el pensamiento aquí ha sido desde siempre una actividad de alto riesgo. Las relaciones endogámicas entre el poder económico y el político han sido despiadadas con las intelectuales: pensar fuera de la línea de producción está vedado. Señalar los despojos que han forjado el progreso de nuestra ciudad es una forma inmediata de condenar el pensamiento a la soledad. Hay pocos poderes tan autoritarios y violentos como el capitalista industrial. Esto no sólo tiene que ver con la élite empresarial y de políticos, sino con un grueso de la población que prefiere conservar lo que hay, a ponerlo en riesgo. En ese sentido, las mayorías aún prefieren –aunque esto está cambiando– manifestar lealtad al dominante, que reconocimiento al ejercicio de la crítica. Esto nos genera una tensión con el oficio.

Las intelectuales de Nuevo León enfrentamos dificultades para subsistir siendo que nuestro valor principal radica en el prestigio, es decir, en la autoridad que proyectan nuestras personas y, sin embargo, necesitamos comer y tenemos aspiraciones legítimas de vivir sin penurias, decorosamente. ¿Cómo podemos incomodar al sistema de creencias dominantes sin que éste nos devore o nos condene a la marginalidad?

Ese es mi ideal de intelectual. En Monterrey, la intelectual es una persona productiva, que está constantemente ofreciendo ideas, análisis, crítica. No se aísla, ni castiga a la sociedad que no le reconoce su valor. Su mayor desafío es seguir preparándose. No “hace concha”, no se acomoda donde le aplauden, ni trabaja únicamente para un público que le es afín. Más que expresarse, la intelectual sabe domar su ego y es capaz de brindar concesiones importantes para comunicarse. Aprende a vincularse con personas que la alimentan intelectualmente, calla para escuchar. No responde inmediatamente, aunque con ello pierda muchos *likes*.

Volviendo a las mujeres intelectuales y pensando en Nuevo León, advierto que nos hemos multiplicado. Hace mucho que no podemos hacer una lista que resulte injusta por todas las que quedarían afuera y cuyo trabajo es primordial. Pero hace falta que nos asumamos. Somos intelectuales porque nuestra herramienta de trabajo es nuestra mente. Trabajamos ideas, construimos argumentos, nos alimentamos de lecturas y de discusiones. No somos más importantes por pensar, pero ese es nuestro oficio, y nos corresponde defenderlo con orgullo. Somos intelectuales, aunque algunos todavía batallen para reconocerlo, porque les hace falta pensarlo mejor.

La levedad de la *intelligentsia* en Nuevo León

Abraham Nuncio

En un reciente desplegado, 70 intelectuales de diversos países, pero sobre todo de Estados Unidos, se pronunciaron en contra de los métodos por los cuales Estados Unidos ha mantenido un bloqueo económico a Venezuela, que ahora quiere coronar con una intervención más abierta: desde prohijar un golpe de Estado y acaso una guerra civil, hasta amenazar al gobierno de este país latinoamericano con una invasión militar.

Es esa actitud por la cual ciertos individuos se definen como intelectuales. Y de hecho, así los asumen la prensa, la opinión pública y, en general, la población.

En el tono de su palabra reverbera el *J'accuse* (Yo acuso) de Émile Zolá, al hacerse cargo de la defensa que hizo del capitán Alfred Dreyfus. Es famosa la carta abierta que dirigió a Félix Faure, presidente de la República de Francia. En el fondo se trataba de un acto de antisemitismo contra el hombre al que se criminalizaba por conductas con las cuales se lo intentaba encubrir. Zolá lo calificaba de una traición monstruosa y vulgar que conducía a negar la justicia. Por fortuna Zolá ganó el juicio y logró que el acusado fuese reivindicado.

A Gabriel Zaid debemos uno de los ensayos breves y más puntuales sobre el tema. En él se refiere al hecho de que Zolá, sin nada tener que ver en torno a Dreyfus ni a sus acusadores, abrazó la causa de su defensa. No como lo hubiera podido hacer un abogado, sino apelando a los valores de la justicia, la verdad y la moral pública, y valiéndose, precisamente, de las armas que las ideas y la literatura permiten esgrimir para hacer convincentes determinados argumentos frente a prejuicios y actitudes intolerantes y discriminatorias.

En una somera revisión del papel de los escritores y artistas en general, sobre todo en momentos críticos y de gran polémica social, el espíritu de Zolá está presente. Y también la función, como también señala Zaid, que cumplen aquellos individuos a los que se les reconoce socialmente como intelectuales. La palabra intelectual es, así, un vocablo cargado de historia y tensión social. No se trata de un vocablo unívoco, pues intelectuales, en rigor de términos, son todos aquellos cuya profesión es, fundamentalmente, la de trabajar con ideas, imágenes, abstracciones mentales. Realizan lo que conoce como trabajos de escritor, gabinete, aula y sitios parecidos. Su trabajo consiste en generar signos y símbolos que tienen una utilidad específica, pero no en tanto que opiniones dirigidas al público y, más concretamente, a ese territorio difícil de delimitar que se denomina opinión pública.

Los intelectuales son conocidos por su compromiso social, por abrazar causas que involucran, sobre todo ciertos valores: libertad, justicia, igualdad y otros. Son, así, aquellos hombres y mujeres que cumplen la función de elevar la conciencia social o, más bien, de llamar a la toma de una conciencia sobre ciertos problemas que escuecen a la sociedad o a vastos círculos de la misma.

Así como lo hizo Zolá en relación a Dreyfus, antes lo había hecho su compatriota, Víctor Hugo, una de las cumbres de la literatura universal, cuando se pronunció en contra de las armas napoleónicas que invadían a México, y a favor de su soberanía defendida por Benito Juárez como símbolo de la República. Igualmente José Martí, en su lucha contra el imperialismo norteamericano, luego convertido en unos de los máximos valores humanos y axiológicos de Amé-

rica Latina.

En tiempos más recientes, durante los movimientos estudiantiles en varias partes del mundo, el filósofo Herbert Marcuse (adscrito a la escuela crítica de Frankfurt), judío de procedencia alemana y naturalizado norteamericano, fue uno de los pensadores que se asociaban a Marx y a Mao Tse Tung (en sí, una de las tres emes) como arquetipos del cambio social revolucionario. Por su parte, Jean Paul Sartre, en la tradición libertaria de Francia, se constituyó en uno de los intelectuales inspiradores del Mayo francés. Marcuse y Sartre fueron vistos como grandes referencias del movimiento estudiantil que marcó a esa época.

En 1968, Octavio Paz, aquí en México, aparece de súbito como una llamada que ilumina el fondo de la caverna y allí las conciencias frente a la masacre de los estudiantes y la población inocente cometida en Tlatelolco por el gobierno de Díaz Ordaz. Y como intelectual semejante en su papel al que jugaron Sartre y Marcuse, José Revueltas, que dio cuerpo al liderato intelectual solidario con los jóvenes en lucha contra el autoritarismo climatizado.

La figura del intelectual es, como en esos ejemplos, diferente de la del político que en un momento determinado se pronuncia por ciertas causas. También aquí pongo un ejemplo: Belisario Domínguez, senador de la república durante el arco revolucionario de 1910-1917, sube a la tribuna para denunciar el golpe de estado protagonizado por Victoriano Huerta y otros militares formados en el porfiriato. A este hombre valiente, uno de los mártires del valor civil y de la democracia, no se lo podría ver sino como un intelectual, según sus antecedentes de estudio en Francia. Pero no se le recuerda así; justamente porque no era un

hombre dedicado a la escritura creativa o ideológica.

Otros ejemplos: Mao y Ho Chi Minh escribieron poemas, pero no es por ellos que se los conoce y se les da el nombre de intelectuales; obviamente lo fueron, pero son conocidos como dirigentes políticos, como revolucionarios, como padres de una patria nueva. Lo mismo se puede decir de Marx, aunque es evidente su versatilidad en tanto que intelectual comprometido, pensador y, en buena medida, dirigente político. Esta condición podría ser la misma de hombres como Lenin o Che Guevara. El peso ideológico y político de tales personajes los eleva, no obstante, a un plano histórico donde el intelectual es absorbido, en cierta forma, por el dirigente político que alcanza inclusive el umbral del heroísmo.

En México los intelectuales han sido estudiados, de manera muy notoria, por las generaciones a las cuales pertenecieron; entre ellas, la del Ateneo de la Juventud. Las han estudiado desde Daniel Cosío Villegas hasta Porfirio Muñoz Ledo, en su indispensable autobiografía narrada a los esposos Wilkie. De todos los intelectuales que participaron en esas diversas generaciones, hay varios que también fueron políticos (preocupados no sólo por su creación o por sus ideas, sino por lograr mejores condiciones para la polis). Entre ellos destacan los que lucharon por causas que consideraron justas: José Vasconcelos y Lombardo Toledano, por citar a dos de los más representativos de corrientes ideológicas opuestas.

Si se las revisa, las generaciones de los intelectuales son esencialmente masculinas. Están las mujeres que se organizaron en torno a la revista *Rueca*. Pero ninguna de ellas juega el papel de lide-

resa intelectual o que mezcle las tareas creativas o teóricas con la política. Ha habido, sí, personalidades que responden a la definición de intelectual aquí anotada, como Elena Poniatowska. No se las podría aglutinar generacionalmente a las nacidas de los sesentas para acá. Son, empero, individualidades destacadas que van surgiendo, sobre todo, en el ámbito periodístico. Aún es pronto para juzgarlas de modo integral.

Aterrizo estas líneas de manera brusca y también breve en Nuevo León. Y me pregunto, ¿por qué aquí los intelectuales que escriben, pintan, enseñan, no se han hecho sentir como voces que produzcan luces intensas sobre ciertas cuestiones políticas, ideológicas, sociales; esas que se tornan críticas y polémicas? La verdad, creo que ha sido por sus cortos o medianos alcances como escritores o artistas y, desde luego, porque en ellos (nosotros) no ha anidado esa voz potente que aparece, como la de un profeta, reclamando justicia, exigiendo libertad, rompiendo el silencio de los inocentes y de los no tan inocentes. Es una verdad punzocortante y que duele, pero, salvo opinión en contrario, resulta tangible.

La llamada *intelligentsia* no se asume en Nuevo León como tal (grupo de intelectuales identificado con las causas de otros y que lucha por ellas dándose la autonomía que le niegan, sobre todo, los poderes reales): sus integrantes –en potencia– se quedan en el aula, en algunas páginas bien escritas, en ciertas obras bien ejecutadas, pero sin trasponer las mojoneras de su zona de confort, llámese empleo, posición política, lugar socioeconómico, prestigio, o eso que ahora se llama imagen.

El intelectual se arriesga, así como lo hizo Zolá. En su famosa, y poco leída carta al presidente Faure, tomó como re-

ferencia a Dreyfus para lanzar juicios demolidores sobre la impartición de justicia, la prensa prevaricadora de la Francia de entonces, la defensa nacional (“nido de bajas intrigas, de chismes y de dilapidaciones ha devenido el sitio sagrado donde se decide la suerte de la patria”). Un riesgo no menor si se toma en cuenta que él acusaba a generales de indudable influencia en la vida pública nacional por nombre y apellido. “No ignoro –decía–, que al hacer estas acusaciones puedo caer en lo que prescribe la ley de prensa de 29 de julio de 1881 en sus artículos 30 y 31, que castigan los delitos de difamación. Pero de grado me expongo.”

Cierto, hay intelectuales en Nuevo León que periódicamente emiten juicios donde cuestionan y contrarían la idiosincrasia y la lógica empresariales, a fin de cuentas la que rige sobre todos los demás puntos de vista. Pero son contados y sus voces son inaudibles por el torrente de aquellas que defienden el statu quo, la Arcadia, la clase *prémiér*, las órdenes de arriba. La mayoría se hace eco del poder o de los intereses de quienes lo condicionan y mandan sobre él.

No sé en otros estados, pero en la capital de la república la voz de los intelectuales es escuchada por políticos, empresarios, líderes eclesiales o sindicales. No en nuestro estado. Claro, los intelectuales carecen de medios y de dinero para exponer sus ideas en un perímetro de influencia considerable; pero también porque carecen de autonomía y, finalmente, de capacidad para pensar distinto y vencer al temor. Se desahogan en el café. Los escucho. No van más allá.

Una aproximación teórica sobre el oficio intelectual

Hugo Esteve Díaz

Para efectos de este número dedicado a la intelectualidad en nuestra revista *La Quincena*, intentaré realizar una aproximación teórica que nos permita establecer un marco de referencia que, a su vez, dé respuesta a las interrogantes relativas a su conceptualización y funcionalidad.

¿Cuál es el origen de la idea del intelectual?

Existe un marco histórico que determina el origen y contexto del concepto. Sin embargo, su identificación se remonta casi hasta la era medieval, en la que la filosofía teocrática dominaba el intelecto. En ese sentido, no es extraño que hasta nuestros días el concepto del intelectual sea motivo de intensos debates; no sólo desde su definición conceptual, sino incluso desde una perspectiva funcional, o ideológica, para decirlo pronto.

En un sentido amplio se puede afirmar que el intelectual es quien tiene como propósito el estudio y reflexión de las ideas y, al mismo tiempo, busca la forma de transmitir las; condición que le otorga reconocimiento y autoridad social. Se entiende, asimismo, como un intermediario entre la sociedad y las entidades de poder, por lo que su identidad reviste un sentido eminentemente político, ya que busca influir en los distintos ámbitos de la política: social, económica, política, cultural y educativa, entre otras.

En su conjunto se le denomina: *intelectualidad*. Se agrupan e identifican en condición de su espacio geográfico: intelectualidad española, francesa, inglesa, europea, latinoamericana. O bien por su ideología: intelectualidad liberal, conservadora, pro-

gresista, revolucionaria, reaccionaria, democrática, fascista, comunista, etcétera.

El origen de su acepción la encontramos hacia finales del siglo XIX, en un hecho histórico determinante. El proceso judicial al que fue sujeto el capitán Alfred Dreyfus, acusado de alta traición, presuntamente por haber entregado documentación secreta a los alemanes hacia mediados de 1894, y condenado a la sazón de un linchamiento mediático, tras del cual se trasluce uno de los episodios de persecución antisemita más escandalosos en la era decimonónica.

Tras largos doce años la sociedad francesa, en lo particular, y el escenario europeo, en lo general, se conmocionaron a partir de una coyuntura que reveló el florecimiento de uno de los nacionalismos más violentos de que se tuviera registro. En ese contexto aparece el *Yo acuso*, una carta abierta publicada por Emile Zola, en la cual el autor de *Germinal* (1885) establece un alegato en favor de Dreyfus, denunciando las arbitrariedades del *affaire*; lo que en sí mismo contiene una dura crítica al entonces presidente francés Felix Faure, y provoca con ello una severa fractura en la denominada Tercera República Francesa.

Se trata de un hito histórico en sí mismo, pero además reviste una relevancia particular para el tema que estamos tratando: el origen del término “intelectual”. Si bien en su origen conlleva una connotación peyorativa, al paso del tiempo el adjetivo cobrará relevancia determinando la denominación de una actividad en el ejercicio de las ideas.

¿Cómo se define a un intelectual?

En lo que todos coinciden es que se trata de

personas que elaboran y promueven ideas acerca de diversos temas trascendentales y de interés general; de modo que éstas inciden en la opinión de los diferentes campos de la actividad humana.

La definición tradicional los identifica como aquellos que “tienen por oficio pensar y enseñar sus pensamientos” (Jacques Le Goff). Un concepto tradicional que se remonta a la época del pensamiento único medieval, que si bien resulta amplio, a la vez se vuelve ambiguo.

El contrasentido lo expone Umberto Eco, otro especialista del medievo, como Le Goff. Para el escritor y filósofo italiano la idea de lo intelectual va más allá de la estructuración y enseñanza de los pensamientos. Una referencia que dada su ambigüedad provoca desconfianza, no en balde el autor de *Número cero* (2015) señala que “El intelectual no puede hacer nada más, no puede hacer la revolución. Las revoluciones hechas por intelectuales son siempre muy peligrosas”.¹

La premisa anterior resulta provocadora, pero debe entenderse en el contexto vulgar que hoy en día se tiene del intelectual y no como una consideración del legado histórico en la construcción de las ideas. El ejemplo lo ilustra el extinto profesor de semiótica con una crítica lapidaria hacia las redes sociales, responsables, afirma él, de “una invasión de imbéciles”. Y remata: “Le dan derecho a hablar a legiones de idiotas que antes hablaban sólo en el bar después de un vaso de vino, sin dañar a la comunidad y ahora tienen el mismo derecho a hablar que un premio Nobel”.²

La crítica debe entenderse no como un intento de mordaza a la libertad de expre-

sión, sino al carácter, importancia y hasta validez de quien cuenta con la autoridad de opinar de frente a quienes opinan pretendiendo expresar sentencias con un falso carácter intelectual.

Para Antonio Gramsci el intelectual se concibe como un “gestor” como un “agente de las superestructuras”. Se trata de los intermediarios del grupo dominante cuya función consiste en asegurar la hegemonía social.³ Según el filósofo cerdeño, el intelectual en un sentido amplio abarcaría los campos de la filosofía, la ciencia, el arte, la política, la industria y hasta la técnica, si bien –sostiene el autor de *Cuadernos de la cárcel*– no comparten la misma jerarquía. Por tanto, la función de los intelectuales sería, de acuerdo con la tesis gramsciana, la de tender un vínculo con los estratos sociales, carácter funcional que define al intelectual “orgánico”. De modo que es precisamente ese nexo orgánico el que determina el sentido de sus ideas, o más bien, de la ideología que crea.

Sin embargo, el intelectual orgánico no es sólo aquel que se encuentra vinculado al poder. Las clases sociales y los grupos de interés también tienden a crear su propio intelectual orgánico, con el propósito de construir su particular hegemonía y, de ese modo, competir con el poder. Lo que en algunos casos no se representa necesariamente con un individuo, sino con un ente colectivo, como en el caso del partido: el *príncipe moderno*.

Antonio Díaz Soto y Gama, uno de los más importantes ideólogos liberales del agrarismo a principios del siglo pasado, luego de transitar por el magonismo, se convertirá en el intelectual orgánico del movimiento zapatista.

¿Cuál es la función de los intelectuales?

La función intrínseca del intelectual bien puede describirse a partir de uno de los postulados de la teoría marxista, cuando afirma que “Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo”.⁴

Mientras que para el sociólogo Pierre Bourdieu, el intelectual se constituye a partir del momento que el escritor transita del campo literario al político. Por tanto, la idea de transformación no sólo se inscribe en el terreno de la izquierda, toda vez que el concepto de transformación también se plantea al interior de los conceptos de la derecha, particularmente a partir del surgimiento de la doctrina social cristiana.

En contraparte con el carácter orgánico del intelectual se contraponen la pretensión de autonomía o de independencia de sus ideas, lo que para Gramsci es sólo una fantasía, toda vez que considera que éstos, aun sin pretenderlo, funcionan a partir de la clase social a la que corresponden.

En el amplio estudio elaborado por el

profesor Carlos Illades sobre la historia intelectual de la izquierda en México, se presenta uno de los acercamientos más específicos sobre el carácter funcional de los intelectuales: “[...] el caso Dreyfus será el punto de partida del ‘modelo de compromiso’ del intelectual. Con base a éste, las coyunturas políticas seminales constituirían el principio ordenador de la conducta pública del intelectual, el termómetro de la opinión acerca de los asuntos de interés nacional y el eje referencial del espectro político”.⁵

El intelectual mexicano

La veta intelectual en nuestro país cubre un amplio espectro. Los hay de todas las tendencias: liberales y conservadores; de izquierda y de derecha; revolucionarios y neoliberales.

En el transcurso de sus distintas etapas, la intelectualidad mexicana se ha agrupado, ya sea por afinidades académicas, ya por otros intereses particulares, y si bien entre sus miembros no ha existido una línea de pensamiento idéntica, comparten un objetivo común: el estudio, construcción y propuesta de sus ideas.

Tal es el caso de las dos agrupaciones intelectuales más importantes del siglo pasado. Uno, el formado en torno al Ateneo de la Juventud, o de los *Científicos* (1909), como se les apodó, y en el que se congregaron talentos como Antonio Caso, Isidro Fabela, Nemesio García Naranjo (Lampazos, N.L. 1883-1962), Alfonso Reyes (Monterrey N.L. 1889-1959) y al que posteriormente se incorporaron Diego Rivera y Martín Luis Guzmán, entre algunos más. Y el otro, el integrado en la Sociedad de Conferencias y Conciertos (1916), al que pertenecieron Alberto Vázquez del Mercado, Antonio Castro Leal, Alfonso Caso, Teófilo Olea y Leyva, Jesús Moreno Baca, Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano, mejor conocidos como los *Siete Sabios*.

Será este último, por cierto, quien formule por primera vez la tesis de que en México se encuentra pendiente una *Cuarta Transformación*. Para el dirigente comunista y fundador del Partido Popular, la revolución mexicana no habría sido sino otra cosa que un levantamiento en contra del latifundio y que, por tanto, respondió a un proceso revolucionario del tipo “democrático-burgués”. Una fase que, argumentaba el también fundador de la CTM, abarcaba la Independencia, la Reforma y la Revolución. Lo que él definía como “los tres tiempos de una sinfonía dramática”.

En la segunda mitad del siglo pasado fueron otros dos grupos intelectuales los que llamaron la atención en el mundo de la cultura. Uno, el de la revista *Contemporáneos*, patrocinado por Antonieta Rivas Mercado y en el que colaboraron Jorge Cuesta, José Gorostiza, Salvador Novo, Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet, y Xavier Villau-

rutia, entre otros. Así como el conocido con el nombre del titán *Hiperión*, formado en torno al filósofo José Gaos y en el que participaron Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro, Fausto Vega y Leopoldo Zea, por mencionar a algunos.

En adelante, el intelectual mexicano –y particularmente el de izquierda– se le puede ubicar vinculado a una revista. Tales son los casos de *Historia y Sociedad* (1965-1981); *El Machete* (1980-1981); *Coyoacán* (1977-1985); *Estrategia* (1974-1993); *Cuadernos Políticos* (1974-1990); *Plural* (1971-1994); *Brecha* (1986) y *El Búho* (1985-actual). Además de *Dialéctica*, *Estrategia* y *Cuadernos Políticos*, ligados a distintas expresiones de izquierda.

Hacia el final del siglo pasado la intelectualidad mexicana se dividió en dos frentes: los agrupados en la revista *Vuelta* (1976) y los que fundaron *Nexos* (1978). El punto de quiebre sería el debate surgido a partir del *Coloquio de Inverno*, celebrado en 1992. La respuesta vendría año y medio después, pero aún con el debate en su punto más álgido, con el llamado coloquio *Los grandes cambios de nuestro tiempo*, con Eric Hobsbawm como la carta fuerte del evento.

Razones de espacio impiden adentrarnos al contexto de este debate.⁶ Baste señalar que es a partir de éste desde donde se habrán de delimitar las fronteras de la intelectualidad actual, no sólo desde una perspectiva liberal y otra de “nueva izquierda”, sino incluso al interior de la izquierda misma, principalmente en la coyuntura de dos acontecimientos determinantes: uno de carácter global, como la caída del muro de Berlín (1989) y con éste del “socialismo real”; y el otro de impacto nacional, como el levantamiento zapatista (1994), prefigurando con éste el surgimiento de un nuevo paradigma.

Notas

¹ Umberto Eco: “*El intelectual no puede hacer la revolución*”, Brunelle Tedesco, El Observador. Montevideo, Uruguay, 20 de febrero de 2016. Entrevista para la agencia EFE.

² Opus cit.

³ Antonio Gramsci: *La formación de los intelectuales*. Grijalbo, Colección 70, N° 2, 1ª edición, México, 1974)

⁴ Marx-Engels: Undécima tesis. *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*. Grijalbo. Colección 70. N° 72. México 1974.

⁵ Carlos Illades: *El Marxismo en México. Una historia intelectual*. Taurus, México 2018.

⁶ Para el caso consúltense: Crisis (pag. 265 y sigs.), en Carlos Illades: *El Marxismo en México. Una historia intelectual*. Taurus, México 2018.

Quod natura non dat, Salmantica non præstat

Benjamín Palacios Hernández

Stricto sensu Gramsci tiene absoluta razón: si bien puede hablarse de intelectuales, hacerlo de no-intelectuales carece de sentido, puesto que estos no existen. No hay ninguna actividad humana de la que pueda excluirse toda intervención intelectual y por ello resulta imposible separar al *homo faber* del *homo sapiens*. Así entonces todos los hombres son intelectuales, pero no todos ellos cumplen esa función, del mismo modo en que si alguien en determinado momento es capaz de freír un huevo, o de remendarse el desgarrón de un saco, no por ello se dirá de él que es cocinero o sastre.(1)

Las amplias y pregnantes posibilidades de este texto carcelario de Gramsci no nos conciernen aquí. Retomo sólo su afirmación –una realidad que muy poco ha cambiado en nuestros días– de que “el tipo tradicional y vulgarizado del intelectual está dado por el literato, el filósofo y el artista”. Entre nosotros el filósofo, y con él el historiador y el sociólogo (y no digamos el matemático, el físico y todos los representantes de las ciencias duras, que nunca han estado incluidos), no existen en esta percepción vulgarizada de lo que es “un intelectual”.

El reino aparente

El mundo que tenemos está plagado de apariencias. Lo que en los niveles profundos del razonamiento filosófico son los procesos de hipostatización mediante los cuales sujeto y predicado, objeto y concepto intercambian lugares, en la vida común tiene un símil aproximado en la aceptación como real de aquello que alguien aparenta ser.

Así por ejemplo, en el más conspicuo de los casos, los dirigentes políticos lo son únicamente porque sus respectivas clientelas los asumen como tales, aunque no dirijan nada. Es el fenómeno que con una agudeza inusual señaló Lucio Colletti, al concluir que la sociedad de las mercancías y del capital era la metafísica encarnada, mucho antes que la expresa en la letra de la *Ciencia de la lógica* de Hegel. Al partir del siguiente pasaje de las *Teorías sobre el plusvalor* de Marx: “Cuando hablamos de la mercancía como materialización del trabajo [en el sentido de su valor de cambio], con ello entendemos únicamente un modo de existencia de la mercancía imaginario, esto es, puramente social, que no tiene nada que ver con su realidad corpórea”, Colletti llamaba la atención sobre esa *existencia imaginaria* y sin embargo *social*, e ilustra: “Si decimos que el rey o incluso el presidente *representan* la unidad nacional o la soberanía popular es posible que, en cierto sentido, eso nos provoque

risa. Pues se sabe que, desde ese punto de vista, no representan nada. Pero, ¿cuántos lo saben? [...] Lo cual no obsta, empero, para que todo funcione *objetivamente* como si los susodichos representaran realmente algo”. (2)

Lo mismo sucede con buena parte de los escritores, poetas y artistas (los intelectuales, según la noción adquirida) que son producto de las apariencias, los *contactos*, la cobertura mediática o el oropel académico. No los sustenta su obra, sino el juego de simulaciones que se ha consolidado como una realidad establecida.

En este equilibrio sobre el vacío es natural que se produzca la tragicomedia, eventos más cómicos que trágicos como las poses, las presunciones infantiles, el autoelogio, la autopromoción y el constante peregrinar tocando puertas. Intelectuales de intelecto precario y escritores que escriben mal; “pensadores”, en fin, cuyas pautas de razonamiento se torpedean a sí mismas bajo la línea de flotación.

La crítica de la simulación

El intelecto se nutre fundamentalmente del pensamiento y también de la lectura. Para lo primero no hay enseñanza; para la segunda sí existen requisitos elementales. Se ha de leer para adquirir certezas provisionales y parciales, pero también para obtener nuevas dudas. Pocos se plantan ante la lectura con esa actitud; los más leen, memorizan y anotan solo para buscar –decía Descartes– una gloria adquirida con títulos falsos, aquellos que “hacen profesión de saber más de lo que saben”. Viejo de varios siglos, este fenómeno ha alimentado jocosas sátiras y duros juicios. “El francés –escribió Rousseau– lee mucho, pero solo libros nuevos; o más bien los hojea, no para leerlos sino para decir que los ha leído”.(3) Y un personaje de *La nave de los necios* (1494) de Sebastian Brant se jactaba: “Para mí el libro lo es todo, más precioso incluso que el oro/Tengo aquí grandes tesoros, de los que no entiendo una palabra”. Los mismos que zahería Tomás de Iriarte (1750-1791) en aquel buen hombre que mandó simular en cartón innumerables tomos para su biblioteca, de los cuales aprendió sus rótulos y se creyó erudito: “Pues, ¿qué mas quieren los que solo estudian Títulos de libros, si con fingirlos de carton pintado les sirven lo mismo?”(4)

Cristóbal Suárez de Figueroa (1571-1639) se burlaba de quienes escriben “papelones esterilísimos de todas buenas letras”, aquellos que “faltos de experiencia, ciencia y erudición, escriben y publican sobre temas absurdos libracos inútiles, guarnecidos de paja, y embutidos de borra”.(5)

Antes que Suárez de Figueroa, el franciscano Antonio de Guevara (1480-1545), en el Argumento de la *Década de Césares*,(6) se lanzaba con saña similar: “Ay muchos en estos nuestros tiempos, los cuales tan fácilmente se arrojan a escribir como se atreven a hablar, de manera que lo que sueñan esta noche escriben mañana, y lo que escriben mañana publican otro día; lo qual ellos no harían si supiesen lo que hazen, porque dezir uno una locura procede de inadvertencia, mas ponerla por escrito es caso de locura (...). Los que no tienen saber para componer, ni tienen estilo para ordenar, muy sano consejo les sería dexar la pluma y tomar la lança, porque si a dos palabras nos cansa un hombre tibio y frío, cuánto más nos cansará un hombre nescio y prolixo”.

Hubo incluso quien, con sorna, escribió este libro: *Los Eruditos a la Violeta. O curso completo de todas las Ciencias, dividido en siete lecciones para los siete días de la semana, compuesto por Don Joseph Vázquez, quien lo publica en obsequio de los que pretenden saber mucho, estudiando poco*.(7)

Una reedición actualizada de este último, no lo dudo, tendría un éxito impresionante entre muchos escribientes contemporáneos.

La dulce muerte que todo lo puede

Decía mi amigo Mario Curzio que las mentiras más grandes solían encontrarse en los epitafios, esas inscripciones que, según el socarrón Ambrose Bierce, “demuestra(n) que las virtudes adquiridas por la muerte tienen un efecto retroactivo”.(8) Y es que, salvo casos muy puntuales y minoritarios, la muerte pareciera ser un baño de purificación universal, mediante el cual todo vivo que ha transitado hacia la nada se convierte en santo, o por lo menos en persona intachable.

Pero la casuística no se agota en los epitafios ni en el surgimiento milagroso de virtudes morales. En circunstancias específicas, particularmente cuando se trata de lo que el vulgo y la prensa común llaman “personalidades” (artistas, “intelectuales” y políticos, sobre todo), a la eclosión de aquellas virtudes –ignotas antes y florecientes en el momento mismo de la muerte de los susodichos– la acompaña la conversión no menos milagrosa, a la manera de la transustanciación católica, de sus obras, vidas e intelectos en sobresalientes, ejemplares y excepcionales, respectivamente. Aunque en vida ninguno de ellos haya siquiera soñado con el Nobel, o ser traducido a lenguas extranjeras, o reconocido internacionalmente como estadista, o

perseguido por los grandes museos y editoriales para exponer o publicar su obra, la sola muerte los resarce con creces así sea durante el breve lapso en que sus respectivos decesos son noticia, de modo que bien podrían decir con el poeta:

*Me doy cuenta muy bien de que caeré en tierra muerto;
pero ¿cuál vida puede igualar a esta muerte mía?(9)*

Porque no cabe duda de que así dan ganas de morir, y ahora por fin comprendo aquellas coplitas y estrambotes de los cuales daba cuenta en el Quijote la condesa Trifaldi, por otro nombre conocida también como la dueña Dolorida:

*Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me torne a dar la vida.*(10)

Notas

- 1). *Obras de Antonio Gramsci. Cuadernos de la cárcel: Los intelectuales y la organización de la cultura*, volumen 2, Juan Pablos Editor, México, 2010, pp. 14-15.
- 2). Lucio Colletti, *La dialéctica de la materia en Hegel y el materialismo dialéctico*, Editorial Grijalbo, México, 1977, pp. 329-330.
- 3). J. J. Rousseau, *Julia, ó la nueva Heloisa, cartas de dos amantes habitantes de una pequeña ciudad, a la falda de los Alpes*, Barcelona, 1836, p. 354.
- 4). Tomás de Iriarte, *Fábulas literarias*, Valencia, 1817, fábula LXVI, “El Ricote Erudito”, pp. 114-116.
- 5). Cristóbal Suárez de Figueroa, *Plaza universal de todas ciencias, y artes...*, Perpiñán, 1629, p. 137 vta.
- 6). Antonio de Guevara, *Una década de Césares* (1539). Versión de Emilio Blanco, publicada por la Biblioteca Castro de la Fundación José Antonio de Castro: *Obras Completas de Fray Antonio de Guevara*, tomo I, Madrid, 1994, p. 352-53.
- 7). Por José Cadalso, primera edición en la Imprenta de Don Antonio de Sancha, Madrid, 1772.
- 8). Ambrose Bierce, *Diccionario del diablo*, voz “Epitafio”.
- 9). Luigi Tansillo, *De gli eroici furori*, citado por Rodolfo Mondolfo, en *Figuras e ideas de la filosofía del Renacimiento*, Icaria Editorial, Barcelona, 1980, p. 45.
- 10). *Don Quijote de la Mancha*, tomo II, RBA Editores, Barcelona, 1994, p. 910.

Entre el pragmatismo y el intelecto

Ricardo Marcos

El desalfabetizado voluntario, el que pasó por los libros y aun se graduó en alguna profesión liberal, y luego, dedicado a otra cosa, cerró los libros para siempre y los consideró en adelante con asco y disgusto, y hasta le importuna el periódico cuando da con él de casualidad.
Alfonso Reyes, Analfabetismo (1958)

El uso de la inteligencia parecería en estos tiempos algo *demodé*; por doquier tenemos ejemplos de que no es necesario usar la inteligencia para acometer las actividades diarias, mucho menos para asumir puestos o roles protagónicos en la sociedad; el día de hoy imperan dichos, desdichos, paradojas chestertonianas hechas realidad, *tantique lapsus*, etcétera. Las “shit storms” de las redes sociales, abordadas por Byung Chul Han, no son otra cosa que el desencadenamiento de la estulticia mental llevada al dogma.

En Monterrey la historia nos recuerda que la inteligencia ha sido selectivamente aplicada a través del tiempo; negocios, empresas, hacer dinero. Si ser intelectual se refiriera exclusivamente a desarrollar áreas específicas del conocimiento con un fin, seríamos el parangón del país. Tampoco el ser intelectual está exclusivamente vinculado a la erudición cultural o artística; hay quienes no pueden ver más allá de sus talleres. El gustar o practicar disciplinas artísticas o culturales no lo hacen a uno un intelectual.

El intelectual idealmente tiene que aplicar el uso de la inteligencia a diferentes ramas del conocimiento o el razonamiento. Y no solo eso; creo que ese uso del intelecto debería de estar siempre asociado con un fuego inquisitivo, con un cuestionamiento socrático eterno.

Me parece que el verdadero intelectual nunca está tranquilo con el conocimiento que posee.

He comenzado este artículo con una cita a Alfonso Reyes que define espléndidamente lo que no es un intelectual. Parece un retrato cotidiano del hombre regiomontano de hoy; mucha universidad, poco intelecto. Hoy en día el conocimiento está estructurado en el éxito económico; curiosamente las frustraciones de hoy, los desencuentros, están relacionados con el poder dado por el dinero. Las universidades crean seres humanos que anteponen la generación de capital a otras variables como la reflexión sobre la condición humana, la ética, la ciencia, la cultura, etcétera. Si no genera, no debe de ser de nuestro interés.

Monterrey parece librar una batalla entre el pragmatismo y el intelecto: hay cosas que no debemos cuestionar, hay cosas que no tendríamos que cuestionar.

Evidentemente el intelectual en Monterrey está en los linderos de la sociedad, una especie de observador misántropo. Son fácilmente etiquetables: izquierdistas, marxistas, liberales, conservadores, derechistas, objetivistas, jesuitas, ateos y más. Se les ve con recelo; la voz incómoda que no tendría que irrumpir en la idílica ciudad de las montañas. Peor aún, el intelectual en Monterrey ha sido segregado, tal parece que se le dificulta

ocasionalmente convivir con otros intelectuales; son voces aisladas que claman en el semidesierto: a través de columnas, publicaciones, cafés, redes sociales. Hay que conceder que los intelectuales no han sabido hacerse fuertes; no han sabido dar un manotazo contundente.

A lo largo del tiempo la actividad de los intelectuales ha sido un punto de referencia que le da estatus a cualquier ciudad o estado. Los hombres del pensamiento son recordados al lado de los políticos. Monterrey ha sufrido esta ambigüedad, si bien tendemos a recordar a aquellos intelectuales que lograron asumir puestos de poder (volvemos una vez más al estatus), o que rompieron las fronteras locales y nacionales, como el regiomontano universal.

Hay otra reflexión que quiero aventurar sobre los intelectuales: no son infalibles. A veces la firmeza en las propias convicciones puede ser un lastre para entablar un diálogo. Para mí, el verdadero intelectual debe de tener la capacidad de recular o de repensar. Hacer uso de una tribuna pública tendría que ser hoy, más que nunca, un ejercicio dialógico y no categórico. Aun los intelectuales tienen lagunas en el conocimiento, pero esto no tiene importancia en el ejercicio constante de búsqueda.

En base a lo anterior, sería arbitrario dar ejemplos sobre las y los grandes intelectuales de la ciudad. Nadie se atrevería a cuestionar a Alfonso Reyes, por ejemplo. Muchos tienen en su justo pedestal a Raúl Rangel Frías, o (más por su altura intelectual y accidente de nacimiento que por compromiso a esta tierra) Gabriel Zaid. Ahí están también Agustín

Basave Fernández del Valle (quien demuestra que no todos los grandes personajes de Monterrey nacieron aquí) y Alfonso Rangel Guerra.

Hay intelectuales “menores”, que por el simple hecho de escribir poco no han sido considerados en su justa dimensión (no los quiero mencionar; después de todo es una gran responsabilidad el categorizar a los intelectuales). Grandes mujeres intelectuales han iluminado con su faro a nuestra ciudad: Rosaura Barahona, Alejandra Rangel, Dulce María González, Coral Aguirre. Si bien no siempre concordaremos en todas sus opiniones, en ellas están presentes frecuentemente la erudición, capacidad crítica, apertura dialógica.

Es la apertura al conocimiento, al cuestionamiento interno y externo, lo que separa a un intelectual de un activista. El intelectual está dispuesto a desandar camino. A replantear los propios paradigmas. El activista (que tiene su razón de ser en una sociedad) arremete en su senda, tope donde tope. A veces confundimos ambas actividades. El intelectual nunca puede ser irreflexivo; no se puede convertir en un *groupie* que ande por premisas carentes de solidez (sean los fines justos o no). Hoy en día, cuántas veces personas con una inteligencia superior sucumben a las *fake news* o a prejuicios, sin profundizar en los tópicos, en los temas del momento. El intelectual no puede darse el lujo de afrontar un tema de moda sin cortar y estudiar cada uno de los gajos que lo componen.

Quisiera cerrar citando una carta de Alfonso Reyes, del 11 de noviembre de 1916, escrita en Madrid, y que inadverti-

damente expone su credo de intelectual. Una referencia que pudiera ser de utilidad en este singular ejercicio de definir lo que constituye –o no constituye– uno: “Aquí nadie tiene, fuera de Canedo, verdadera cultura. Y Canedo no ha revisado, como nosotros [valgamos su falta de modestia, algo que a veces define al intelectual también] toda la historia humana, ni lo ha hecho con emoción, *pathos*, pánico, deleite, embriaguez, tormenta y tempestad.... Los demás, casi son ignorantes, aunque conozcan verdaderamente sus especialidades... nadie espera, ni lo procura, que alguien se supere a sí mismo (o se realice).”

¿Premonición del Monterrey del siglo XX? En todo caso la clave del intelectual tendría que ser esa emoción, ese arrojo por el conocimiento. Esa paciencia socrática por el cuestionamiento. El intelectual requiere de unas buenas botas de senderismo que le permitan pasar por territorio indómito y recorrer de nueva cuenta las veredas ya andadas.

El Monterrey de hoy no puede darse el lujo de que la actividad intelectual quede a la zaga de los grandes temas. ¿Dónde están las voces críticas no partisanas? ¿Dónde están los cuestionamientos a los regímenes políticos? ¿Quién se atreve a hablar de la actualidad artística de nuestra ciudad? ¿Dónde se habla de los sinsentidos y la estulticia del país? ¿Dónde está el que se atreve a cuestionar a nuestros ídolos o historia tradicional regiomontana? ¿Quién habla de la igualdad o libertad de identidad sexual? Más allá de alguna voz que clama sola en el semidesierto.

El anti intelectualismo regiomontano

Manuel Yarto

Los *Homo sapiens* —que significa hombre sabio—, somos la única especie superviviente del género *Homo*, del orden de los primates. Nos caracterizamos por poseer capacidades intelectuales para inventar, aprender y crear lenguajes complejos, ciencia, tecnología, y conceptos abstractos como música. Pero el poseer cierto grado de inteligencia, no nos define como intelectuales. Fue en el proceso de división de trabajo cuando se generó este subgrupo social.

En un sentido estricto los intelectuales son aquellos miembros de la sociedad que se dedican a comprender, reflexionar y debatir la cambiante realidad que le rodea, para luego comparar con los demás miembros las nuevas ideas que nacen de esa reflexión, a fin de estimular la inteligencia de la población y en consecuencia un mejor bienestar.

El término intelectual es reciente, nace en Francia a finales del siglo XIX. En el pasado eran los pensadores o filósofos. En principio, podemos considerar al intelectual como alguien dedicado a analizar y discutir problemas de su tiempo, y ser guía para la opinión pública.

El intelectual transforma el mundo pero con el recurso de la palabra. Gracias a ello se abre y analiza nuevas ideas. También produce y legitima expresiones culturales representativas de la sociedad; y ampliar la perspectiva ciudadana.

En la sociedad regiomontana, donde el trabajo físico y la generación de riqueza material es el mayor de los valores, la actividad intelectual no es muy apreciada. Especialmente por la postura crítica que tiene el intelectual del siglo XX hacia el poder. Esto lo convierte en un persona improductiva que sólo le gusta criticar.

Para amplios sector de esta sociedad, el intelectual es ese individuo que se mete donde no debe; que prefiere pensar y hablar en vez de actuar. Y eso de hablar y pensar, en la cultura local está mal visto. El esfuerzo físico, la obediencia silenciosa y el trabajo agotador son los grandes pilares en el imaginario colectivo de lo que debe ser un habitante de Monterrey.

Tradicionalmente el intelectual ha mantenido una cercanía con el poder político o religioso —intelectual orgánico— y le ha servido a éste para sustentarlo o justificarlo, o para atacar a los enemigos del poder. Todo ello a cambio de apoyo y protección moral y económica.

Es a finales del siglo XIX y principios del XX cuando con la aparición de los medios de comunicación de masas, se modifica la relación y rol del intelectual frente a los poderes económicos, políticos y espirituales. Se fortalece la figura del intelectual

crítico que puede sobrevivir sin un mecenas, y que ahora puede ponerse a favor de movimientos sociales y políticos que luchan por mejores condiciones de vida.

Pero si la urbanización, la alfabetización y la consecuente prensa masiva amplió el público dispuesto a escuchar al intelectual, como los fieles creyentes atienden a su guía, un siglo después, gracias a la tecnología de la información, sufre una pérdida acelerada de atención pública. Las imágenes y evasión que ofrece el Internet y el celular le quitan la atención de las masas.

Pero regresemos al caso concreto del intelectual en Monterrey. Para la cultura regiomontana, o cultura del esfuerzo, el quehacer intelectual de pensar se ve con desconfianza. Se considera un acto de pereza, pues no va acompañado de una búsqueda de utilidad material o riqueza económica.

Quizás en otras épocas se tuvo una mayor valoración del intelectual por parte de la sociedad regiomontana; podemos usar como ejemplo a Alfonso Reyes. Pero el desarrollo industrial se impuso como esencia de la cultura y el emprendedor se convirtió en el verdadero guía de la ciudadanía. Hoy para el regio, es el empresario el ejemplo a seguir.

Pese a que Monterrey se convirtió en las últimas décadas en un polo de atracción educativa con universidades de calidad, su éxito se fundó en una oferta tecnológica, más que en el desarrollo de las humanidades y ciencias sociales. No en balde es un tecnológico su centro educativo de mayor prestigio, mientras que filosofía, sociología y antropología, apenas sobreviven.

Esta preponderancia de la técnica sobre las humanidades ha generado un ambiente anti intelectual, de hostilidad y desconfianza hacia las actividades pensantes de escritores, artistas de cualquier tipo, periodistas o maestros. Leer y estudiar es contrario al trabajar y hacer.

Los que se mofan del intelectual, sustentan su postura argumentando que son individuos alejados de los problemas verdaderos de las mayorías, y se pierden en el mundo de las ideas. Ellos prefieren al hombre fuerte trabajador, inculto, y con la fe del carbonero, en vez de la fría y maliciosa razón del pensador que se burla del sentido común, duda de la fe y cae en los excesos y la vanidad.

Definitivamente que recuperar el reconocimiento a su quehacer social es un objetivo prioritario para el intelectual que vive en la ciudad. Pero debe quedar claro que la lucha será extenuante y tardará tiempo lograr resultados satisfactorios.

El fuego del pensamiento parece débil aquí

Abel Garza Martínez

La sombra que casi no calienta, ni quema ni ilumina. Pensar a veces duele. El lugar del intelectual en esta sociedad es ambiguo, acaso indefinido. Aquel que aplica la inteligencia para estudiar, criticar y transformar la realidad suele quedar en zona de fuego cruzado: o ayuda a los menos favorecidos, o ayuda a los dominadores.

La inteligencia es un fuego vivo, cuya ruta Ver—Pensar—Actuar, se traduce en cambio. El intelectual no es neutral, su posición siempre es de compromiso o de distancia. La indiferencia no le es permitida, incluso cuando lo sensato es no pronunciarse. La polarización se le exige, como recurso fácil: fuegos artificiales, pirotecnia del lenguaje y la imagen. Su pretendida autoridad sirve para inclinar la balanza de la opinión pública.

Un intelectual —*rara avis*— es un pensador, pero no todo pensador es un intelectual, ya sea filósofo, científico, escritor o artista. El intelectual encarna una ideología, cuya función puede ser tanto reiterativa como disruptiva. Erróneamente pretende tener todas las piezas del rompecabezas, la imagen completa. Ya nos encontramos con el pseudointelectual.

Televisión e internet intentan consagrar al teleacadémico, sea intelectual o no, también llamado opinador, opinólogo, opinócrata o pitoniso. Suele ser universitario. Despliega habilidades cognitivas, memoria, razonamiento y crítica; pero eso no basta. Monterrey no tiene un intelectual vivo, con resonancia a nivel nacional y mundial.

Más allá de la retórica y la zona de influencia, pocos son los que pueden equilibrar el peso de las certezas con el de las opiniones, en beneficio de la ciudad y los ciudadanos. Sócrates comparaba a Atenas con un asno, mientras que él asumía el papel de tábano: alguien que molesta o incomoda, pero provoca movimiento o avance.

Monterrey no es un corcel, ni sus intelectuales son sus moscas. Son los acti-

vistas quienes oponen resistencia ante lo adverso. Eso sin necesidad de haber leído todos los libros. Basta con monitorear la calidad del aire, o las tarifas del transporte público, o el precio de la gasolina.

La encrucijada del intelectual es decidir si apoya a los de arriba o a los de abajo: a los más favorecidos o a los desfavorecidos. El activista actúa en defensa propia. Antaño, la función del intelectual era asesorar y aconsejar al príncipe gobernante. Todavía puede ser así.

El peligro de pensar radica en que no necesariamente hay que trabajar con verdades, comprobadas, para dar explicaciones. Lo curioso es que algunas funcionan o son convincentes, aun cuando se construyen con ficciones. Los teólogos medievales, analizando jerarquías celestiales y angélicas, sabían más de política que los sociólogos modernos. La filosofía, por querer trabajar sólo con verdades, a veces acaba por decir mentiras; mientras que la literatura que trabaja con ficciones, acaba por decir una que otra verdad.

Decir la verdad, fuerte y claro, es peligroso. Requiere de mucho valor civil e intelectual, además de un blindaje económico, político y legal. Ojalá no fuera necesario contar con esa armadura. Arrojemos a los que dicen la verdad: acciones pequeñas de gente común pueden hacer una gran diferencia.

La disyuntiva parece eterna: intelectuales al servicio del poder, o intelectuales “independientes”. *Intelligentsia*, *nomenklatura*, *científicos*, *positivistas* o no, *socialistas* o no, estén en redes digitales o no, *apocalípticos* o *integrados*, deben ser absolutamente críticos y autocríticos. No sólo una marca comercial que brinda estatus o autoridad. No todos tienen la fuerza y el coraje, la resistencia y la capacidad para esa labor.

¿Quién le paga a un intelectual? Transparencia y rendición de cuentas, presupuesto participativo, pero debe ir más lejos. Debe ejercitarse en la introspección.

Horacio y su legado

Cris Villarreal Navarro

Si me preguntan qué personaje de la bitácora literaria regiomontana define la esencia del intelectual latinoamericano, contestaría sin titubear que Horacio Salazar Ortiz. Con todo y no ser de extracción norestense, logró captar en sus poemas y narraciones la ríspida esencia de nuestro horizonte local.

El primer contacto que tuve con él fue en 1965. En el Aula Magna del Colegio Civil, junto a otros profesores de la Preparatoria Uno de la UNL, era jurado de un concurso de oratoria. Ante una audiencia de preparatorianos perdularios, participé con un aguerrido discurso, denunciando la invasión de Estados Unidos a la República Dominicana; y al no poder lidiar con las agresiones verbales de la efervescente audiencia, a mitad del discurso, salí corriendo y no paré hasta encontrar una banca en la plaza del Colegio Civil, para rumiarme derrotado. El siguiente año, cuando ya cursaba el segundo grado del bachillerato en la especialidad de Leyes, Horacio sería mi profesor de Introducción al estudio del Derecho. Desde ahí empezó una amistad que duraría casi cuarenta años.

El tema de este número de *La Quincena* nos plantea que abundemos en cómo se define a un intelectual en nuestro medio. En los sesentas no lo sabía. Había escuchado hablar de grupos literarios que publicaban sus textos en revistas como *Apolodionis* o *Kátharsis*. Estas publicaciones no tenían una circulación muy accesible, ya que nunca llegué a tener un ejemplar de ellas en mis manos. De lo que sí estaba enterada era que aglutinaban las plumas de los pensadores más destacados del Monterrey de entonces. Poetas y narradores que muy bien podían haberse etiquetado como intelectuales.

Sabía que brillaban en las páginas de esas revistas, junto al de Horacio, nombres familiares en el medio cultural de la ciudad como: César Isassi, Isabel Freire, Hugo Padilla, Jorge Cantú de la Garza, Gabriel Zaid, Carmen

Alardín, Ramiro Garza, Ernesto Rangel Domene, Ario Garza Mercado, Juanita Soriano, Salomón González Almazán, Miguel Covarrubias, Alfonso Reyes Martínez, Andrés Huerta, Gloria Collado, Homero Garza, Juan Leyva y el nicaragüense José María Lugo.

Horacio (Tlachapa, Guerrero, 2 de noviembre de 1933 – Monterrey, Nuevo León, 12 de agosto de 2004), formaba parte de esas cofradías. En mis días adolescentes, mientras trabajaba de dependiente en la Librería Cosmos, bajo la dirección del señor Gracia y la señora Elorduy, recuerdo el orgullo que me causaba, mientras atendía a algún cliente, ver en lo alto del local su fotografía enmarcada junto a la de Pedro Garfías, entre otros posters de conocidos poetas locales, como Andrés Huerta y Alfonso Reyes Martínez.

Horacio para mí era la personificación de esa clase intelectual que cimbraba las raíces de nuestra patria latinoamericana. Podría definirlo como un ser lleno de honestidad y generosidad. El primer libro que leí completo fue la biografía de Dolores Ibarruri, la Pasionaria. Fue Horacio quien me lo regaló, en medio de una de sus charlas iluminadoras durante un descanso entre clases.

Enemigo de las banalidades, conversar con Horacio mientras departíamos en la cafetería de la Farmacia Benavides frente a la escuela, implicaba para mí alimentarme de una fuente inagotable de conocimientos. Horacio era un lector voraz de textos políticos, filosóficos y literarios, que lo dotaban de un sedimento cultural impresionante. Conversar con él era participar imperceptiblemente en una experiencia transformadora. Al mismo tiempo que me deslumbraba, me hacía crecer ideológicamente. Horacio instilaba en sus estudiantes una vocación por la superación, por ser mejores seres humanos, por creer mucho en nosotros mismos y así poder soñar con una nueva humanidad, la construcción de un nuevo modelo de ser humano, estaba al alcance de nuestras manos.

Como todo ser vulnerable, Horacio tuvo sus momentos sombríos: tras haber sido uno de los fundadores del Sindicato de la Universidad de Nuevo León, inexplicablemente apoyó la investidura de una mesa directiva sindical antidemocrática, apoyada por el Grupo Médico que estaba al frente de la Universidad. Mafia neoliberal que a través de despidos masivos de la planta académica, terminó aniquilando el pensamiento crítico de la Universidad. Mas una postura errática no borra su trayectoria como espléndido mentor universitario de varias generaciones, ni su importante contribución a la cultura neoleonesa.

En la actualidad, revistas como *Armas y Letras*, *Levadura*, *La Quincena*, *Pantagruélica* o *Vuelo*, no son semilleros de grupos específicos de intelectuales con una línea definida de pensamiento. Sus colaboradores solo envían sus textos por correo electrónico y los articulistas muchas veces no se conocen entre sí.

Como hace medio siglo, la clase intelectual regiomontana está por construirse. Como entonces, los lectores habituales de las revistas culturales y obras literarias que se publican en la ciudad son tan limitados, como el mismo tiraje de las mismas.

Al no haber una práctica consuetudinaria de promoción masiva de la lectura de obras literarias a nivel comunitario y con una tradición de lecturas culturales en línea en pañales, el yermo panorama de la creación de una “Intelligentsia” norestense se ve desalentador. Solo el plan culturizador a nivel nacional del nuevo gobierno encabezado por el licenciado Andrés Manuel López Obrador despierta esperanzas.

En esta perspectiva, Horacio fue un visionario. Aunada a su prolífica obra literaria, su señera personalidad de maestro intelectual dejó una huella indeleble. Prueba de ello eran las celebraciones de sus cumpleaños, los 2 de noviembre, en el reducido espacio de su departamento en los Condominios Constitución. Sus ex estudiantes llegaban a asentarse en las escaleras de varios pisos, esperando turno para ir a saludarlo. Horacio, un prodigio de hombre que amaba a su prójimo, cosechó lo que sembró.

El mayor reconocimiento al cariño que siempre le profesé se manifestó casi hasta al final. Perdido en las penumbras a que lo sometió el Alzheimer, cuando solía visitarlo en el hogar de asistencia en que lo atendían, en algunas ocasiones, en una súbita conexión de sus neuronas, solía apretar mi mano y profetizar con una mirada vacía: Cristina. En estos tiempos, en que la mezquina cultura del “yo” es lo que prolifera, su perfil humanista de maestro propulsor de cuadros profesionales del porvenir, hace una falta extrema.

Mirar al pasado

Mario Nieves

Los intelectuales de hoy ya no tienen a su favor el reclamo, la influencia y los espacios que tuvieron los intelectuales del siglo pasado. Sí tienen sus voces e ideas propias y sus miradas críticas, algunos sus pasiones, pero siento que las redes de este tiempo ya no son las de antes.

Hace más de cincuenta años la intelectualidad de Monterrey se nutrió con un grupo de jóvenes que buscaban transformar el régimen corrupto de entonces y “cambiar a los hombres del gobierno por otros hombres limpios e ilustrados”, como en algún momento del pasado buscó Daniel Cosío Villegas. Aquellos se agruparon alrededor de Raúl Rangel Frías, quien abriendo espacios más allá de su cargo de rector de la universidad supo convocar y unir a su alrededor a un inquieto grupo de jóvenes, entre los que destacaban intelectuales en crecimiento como Israel Cavazos y Eduardo Segovia.

Alrededor del grupo orbitaban jóvenes como Alfonso Rangel Guerra, de la facultad de filosofía y otros que en algún momento compartieron con simpatía las visiones del grupo, entre ellos el poeta Gabriel Zaid y Hugo Padilla, hombre de gran calado intelectual y escrupulosamente disciplinado. También perteneció al grupo el joven Roque González Salazar, en cuyas memorias atestigua que contaron además “con las simpatías de Arturo Cantú, Homero Garza, Ramiro Garza y su esposa Carmen Alardín, quien sería directora de la *Armas y Letras* fundada por Alfonso Reyes. Con nuestro apoyo, del que después renegarían en cierta medida porque no alcanzábamos ese nivel de idealismo y de pasión poética que a ellos sí los movía, fundaron *Catarsis*, una revista muy efímera pero de definitiva influencia en su tiempo.”¹

Otro espacio memorable de entonces resultó ser la Escuela de Verano de la Universidad de Nuevo León, que en el plano intelectual “fue lo mejor que tuvimos, allí estuvieron todos los grandes pensadores que hubiéramos podido imaginar entonces, Alfonso Reyes, Borges, Daniel Cosío Villegas, Octavio Paz,

Carlos Fuentes, Edmundo O’Gorman, Luis González y González... Algo que logró el maestro Rangel Frías y coordinó don Francisco Zertuche y que disfruté muchísimo.”² Un hervidero de pensamiento y acción intelectual.

Entre quienes pasaron por allí también se recuerda a Raúl Roa, un cubano desgarbado y amorosamente feo que cautivó a los regiomontanos con su talento, que en aquellos tiempos era de las cosas que verdaderamente servían para cautivar. Las razones por las cuales llegó un día a Monterrey y terminó haciendo de esta ciudad “cosa del corazón” no son lo que pudiéramos decir azarosas. Para Roa la universidad es “primeramente, un órgano generador de cultura, un centro de capacitación profesional y una fragua de conciencias”.

Cuando el intelectual cubano llegó a Monterrey invitado por el maestro Zertuche, en el verano de 1952, se sintió hondamente impactado por la experiencia intelectual regiomontana. Años después escribirá: “Las más empinadas figuras de la inteligencia nacional e hispanoamericana –desde Alfonso Reyes hasta Rómulo Gallegos, pasando por José Gaos– iluminaron sus aulas con su talento, sabiduría y conducta. Zertuche sirvió silenciosa y tenazmente, desde aquel lejano rincón de México, las apetencias ideales de su patria y el superior destino de nuestra América. Para él, martiano en los dichos y en los hechos, difundir la cultura era bregar por la libertad, la justicia y el progreso”.

¹Cfr. Roque González Salazar, De memoria, Monterrey: UANL.

²Romeo Flores Caballero, Vivir de prisa. Memorias inéditas. (Archivos personales del autor.)

Método infalible para identificar al gran intelectual de Nuevo León

Eloy Garza González

La primera vez que escuché el término intelectual, fue por boca de mi padre. Yo era muy niño cuando mi padre, que tocaba la guitarra y era la segunda voz de un trío junto con Jesús Ríos (primera voz) y Julio César Leal (tercera voz y requinto), me llevaba al *Mingos*, la legendaria cantina regiomontana de músicos de alquiler, buscando contratos para tocar en serenatas, bodas y quinceañeros.

Mi padre alardeaba como hazaña suya, que una noche me dejó encargado ahí con su amigo Chuy Ríos, para ir al baño a hacer una “necesidad fisiológica” (así se decía en aquel entonces) y se topó en los mingitorios nada menos que con José Alvarado. “¿Y usted qué anda haciendo por acá, don Pepe?”, le preguntó. “Orinando, ¿qué no ve”. Y mi padre, sin desaprovechar una buena ocasión para molestar a las celebridades, insistió: “Sí, obvio, pero yo más bien quería saber qué hace usted de nuevo en Monterrey”. Dado que don Pepe era de temperamento fuerte y reactivo, le contestó: “Nunca me he ido; yo no sé por qué sale usted con que me fui”.

Para mi papá era un mérito extraordinario sacar de sus casillas a un intelectual. Y esa noche lo consiguió. Aunque enfadar a don Pepe no era ningún reto, porque vivía encabronado. “¿Pero qué es un intelectual, papá?”, recuerdo que le pregunté, mientras jugaba con el aserrín húmedo, tirado en el suelo. “Un hombre que vive de pensar y le pagan por decir ocurrencias”, sentenció mi padre, con voz fuerte, para que lo oyera don Pepe, que estaba tomando en la mesa de al lado. Julio César Leal (acaso el único intelectual que estaba esa noche en el *Mingos*, además de don Pepe) guardó silencio, Chuy Ríos puso cara de no entender nada, porque su mundo era la guitarra y los boleros, y yo me grabé de por vida la definición de intelectual, porque todo lo que dijera mi papá en ese entonces para mí era dogma de fe (después me llegó la adolescencia y ya no volví a creerle nada).

La sentencia de mi padre era, a todas luces, una broma. Pero Sigmund Freud descubrió que en el fondo de cualquier chiste late secretamente el subconsciente personal y colectivo. En aque-

llos años, y quizá hasta finales del siglo XX, el intelectual era considerado en Monterrey una celebridad que rebasaba los márgenes locales. Se reverenciaba a la gente “que pensaba”, así se viera públicamente con sorna a los “pensantes”. Rasgo adicional estriba en que muchos intelectuales, con las suficientes credenciales para catalogarse como tal, no encaraban el apelativo. Y la manía persiste.

Quizá en el noreste de México no nos quedan suficientemente claros los alcances de este vocablo. En Francia, el intelectual es cualquier hijo de vecina con estudios universitarios; en Estados Unidos, el intelectual es un ser arrogante, desapegado del común de la gente.

En Nuevo León, con todo y la reverencia que nos inspira, al intelectual lo vemos con la misma risita burlona con que la criada griega se reía de Tales de Mileto, quien por contemplar extasiado las estrellas, tropezó en un pozo. ¿Ejemplo local? El filósofo y notario Agustín Basave Fernández del Valle, siempre objeto del respeto de las élites económicas; se le invitaba a moderar mesas de debate y a dar conferencias, aunque despertara la ironía soterrada de los universitarios, por su bisoñe retinto y sus modales decimonónicos. Sus pasiones metafísicas eran el opio de muchos intelectuales persignados nuevoleonenses (parodiando aquel libro de Raymond Aron).

En el extremo ideológico del intelectual como figura pública en Monterrey, estaba el admirado comunista Valentín Campa. Sin embargo, Basave no era regiomontano, sino oriundo de Guadalajara; y Campa, más que intelectual, era un doctrinario (en el mejor y más honesto sentido del término). Ciertamente, ninguno de los dos articuló reflexiones específicas, concretas, sobre la cosa pública de Nuevo León; ninguno fue localista: uno estuvo al servicio de la doctrina católica y el otro de la doctrina marxista, dos universalismos que para algunos, paradójicamente, son equidistantes.

¿Quién es entonces el intelectual por antonomasia de Nuevo León? ¿El ser pensante del noreste que vivió para el estudio de temas locales, y por ende mereció el respeto de los regiomonta-

nos? ¿Raúl Rangel Frías? No lo creo: el distinguido universitario estaba más entregado a burillar frases engoladas, que a articular pensamientos regionales. ¿Alfonso Reyes? Fuera de algunos textos más nostálgicos que reveladores, el “regiomontano universal” se refirió al Monterrey de su infancia, como una ciudad mítica, idealizada, dejando en el tintero cualquier análisis de conflictos locales de valía.

Gabriel Zaid, por su parte, huyó muy joven del terruño y no volvió. O quizá sí –su afán de no dar la cara, por esnobismo o chiflazón, lo vuelve una figura difusa y fantasmal–, pero claramente no se ha involucrado nunca con su comunidad natal, más preocupado como está por recetar fórmulas libertarias a los grandes problemas nacionales. Caso similar al de Zaid (aunque exhibiendo de más su cara), es José Woldemberg.

Ricardo Elizondo, arraigado en su cubículo universitario, fue más un apasionado del lenguaje regional que de otros juegos del intelecto. Podríamos contemplar a algunos historiadores notables para que cubrieran el expediente, pero su enfoque está en el ayer, no en la circunstancia actual. ¿Abraham Nuncio? Sin duda alguna, considerando de antemano que nació en Texcoco (y se formó en Saltillo), pero ha arrojado luz como muy pocos a los asuntos políticos y sociales de Nuevo León. Nuncio debió nacer en Monterrey para evitarnos el enfadoso trámite de tener que adoptarlo como mala conciencia de los regiomontanos (lo ha sido durante muchas décadas, contra la voluntad de las buenas conciencias burguesas del Cerro de la Silla). Por otra parte, apunto una triste contrariedad: el intelectual como personaje célebre, ha dado paso en la cultura regional (o lo que queda de ésta), a la fama pastosa del *influencer*, del *instagramer*, del *tuitero* y demás mamarrachadas del mismo tenor.

La dificultad para juntar un arriete de intelectuales regiomontanos, me obliga a desistir de mi propósito clasificador. O corrijo: más que buscar intelectuales, hallemos espacios de reflexión. A falta de evidentes cimas del pensamiento en la tierra del machado y del cabrito, encomiemos publicaciones locales de análisis regional, que no se restrinjan al ámbito de las bellas artes, sino que asuman la cultura como integración de saberes, entre ellos, la cosa pública que nos compete y mortifica (menos de lo que uno quisiera) a la comunidad regiomontana.

La *Quincena* es modelo de conjunción de intelectuales, que remonta la editorialización transitoria de los opinólogos de prensa, para asentar puntos de vista que aspiren a la permanencia, cualidad que distingue al intelectual (género con escasos ejemplares en Nuevo León) del periodista (especie abundante a nivel local y con plumas sin duda ilustres, como Carlos Ortiz Gil y Felipe Díaz Garza, entre otros).

La intención de algunos reconocidos promotores de intelectuales (que a su vez lo son), como Luis Lauro Garza, abren la discusión pública a otras voces y otros ámbitos. Así, se democratizan las pautas de reflexión y se entiende que “pensar” es un verbo plural: no un *yo*, sino un *nosotros*.

La definición de intelectual que improvisó mi padre en el *Mingos* (“un hombre que vive de pensar y le pagan por decir ocurrencias”), no estaba equivocada: simplemente queremos que deje de ser cierta, que cumpla su fecha de caducidad, que refrene las individualidades por fuerza ególatras, y asuma en Nuevo León las ventajas de la pluralidad de pensar. En *La Quincena* andamos en esos trotes.

Ser intelectual hoy

Luis Frías Teneyuque

En la infancia, identificaba al intelectual con el hombre barbudo, greña larga y emulando la insigne y célebre imagen de Marx; luego en la brega del camino, constaté que eran muchas más personas, sacerdotes, abogados, literatos, etcétera, donde resalto a los periodistas independientes, por su permanente hambre por publicar y que con esfuerzos sacaban a luz número a número su ejemplar, siempre en la rayana estrechez económica.

Luego, me percaté que los intelectuales eran todas aquellas personas que desempeñan su trabajo más allá del mero trabajo manual, utilizan funciones inventivas o creativas para transformar y transmitir la interpretación del acontecer cotidiano. Analistas con cualidades muy precisas en la crítica, el compromiso social y la transmisión del conocimiento.

El solo hecho de ser universitario o egresado de una escuela pública, confiere el compromiso de un conocimiento más amplio, ligado a los intereses populares; aprendí por influencia religiosa primero y académica después, que el ser se debe a su trascendencia y no al mero tránsito en la sociedad; más aún, cuando los estudios superiores fueron cubiertos en su mayoría por el erario.

No obstante, constaté que no todos despliegan el mismo esfuerzo ni persiguen el mismo fin; hay quienes transitan por la vida con actitud diletante, abusando de los demás, haciendo pasar el trabajo ajeno como propio, fingiendo más conocimiento del que se dice, todo con el propósito de lograr el “éxito”, sean cual fueren los medios, con tal de obtener el poder académico, económico o político.

De esa gente que lejos de la sabiduría se expresa sin sentido, mejor ni ocuparnos, pues tampoco vale la pena evaluar social o moralmente su devenir. Baste el reproche social hacia una vida vacua, que muchas ocasiones es “premiada” por el falso “reconocimiento” mundano que los poderosos medios de comunicación confieren a todo aquel que sirve a sus particulares intereses.

En el devenir del tiempo descubrí que cualquiera que sea tu trinchera de lucha, la defensa de la libertad es tan trascendente como la defensa de la vida, ambas son consustanciales. Admiro y respeto toda manifestación del pensamiento y reprocho las posturas insulsas, irrelevantes. Por eso admiro el trabajo del intelectual y su papel transformador en la vida humana.

No obstante, hemos sido testigos de cómo en las últimas décadas la construcción del conocimiento social se ha mantenido un tanto distante de la realidad misma, en donde prevalece el desarrollo de intereses particulares sobre los de interés social. Somos una sociedad más individualista y encerrada en sí misma, donde el compromiso por los demás no tiene valor.

Nos hemos vuelto irreflexivos consumidores de bienes y servicios; la misma educación es vista como una mercancía que al pagar uno por ella ya le da el derecho de titularse y ser “licenciado”, “maestro” o “doctor”, aunque uno no tenga la mínima capacidad de expresión, ni la vocación o el interés por acrecentar el conocimiento en una rama y menos el compromiso con una disciplina.

Como los efectos del neoliberalismo se traducen en privatización del poder y la información se privatiza, los intelectuales de manera consciente o no, toman partido, asumen la postura que más les favorece conforme a sus necesidades inmediatas. No condicionan ya el medio, dejan que el medio los amolde o quedan fuera del mercado laboral. Hay que ser disciplinado y dejar la crítica para otro tiempo. Eso nos demerita.

Por eso el tema acerca del intelectual es permanente, va entre los tipos y arquetipos y oscila entre el ejercicio comprometido de una profesión conforme a una deontología y el simple desempeño individual y libre según lo determine el mercado; y también se ve, respecto de la distancia que se tiene para colaborar con el poder instituido y si hay condicionamientos al pensar institucional.

Así, con estas breves consideraciones, concluyo que una divisa del intelectual de ayer y hoy en esta capital norteña se resume en su autenticidad, el ser fiel a sus ideas y convicciones, que lucha ante la adversidad, independientemente de la retribución; quien defiende su ideal, sea cual fuere, pero que mira más allá de los propios.

En una sociedad donde prevalece lo pragmático en el mercado laboral, y la gente prefiere las soluciones sin tanta deliberación, las actividades intelectuales parecen intangibles y no necesariamente van directo a los fines de lucro que persiguen los medios dominantes, por lo que se hace imperioso vender la fuerza de trabajo al precio que sea.

En suma, ante tanta diversidad de intelectuales, nos vemos obligados a distinguir en el discurso ajeno las falacias y con una buena argumentación, fomentar el diálogo y el debate, en la lucha que todos debemos tener en contra de la desigualdad, la pobreza y la impunidad.

¡Salud a los intelectuales de ambos géneros que se nos adelantaron! Mis maestras Rosa Melia, Nora y Lucilda; los libreros Leoncio Medina y Manuel Arévalo; mis maestros Horacio Salazar Ortiz, René Alonso Estrada y Rolando Guzmán Flores. Y tantos otros, que por espacio no puedo nombrar, fueron émulo del ser que trasciende, que luchó y disfrutó de su verdad de transmitir con satisfacción y orgullo la enseñanza en el quehacer cotidiano de sus vidas.

Analizar, interpretar, divulgar

Edilberto Cervantes Galván

Hace unos días, en una entrevista por la radio, el entrevistado declaraba:

“Si ya le dimos oportunidad de gobernar a la derecha y a la ultra derecha, por qué no se la vamos a dar a la izquierda-centro”. Con esas pocas palabras se hace una caracterización de la ideología de los presidentes que han ejercido el gobierno nacional a lo largo del siglo XXI. En lo personal no había escuchado ni leído un juicio de ese tipo, a pesar de que ya han transcurrido 18 años.

Con el manto de la ideología neoliberal (estrictamente economicista) se ha tratado de cubrir la ubicación ideológica de las fuerzas políticas y sus posturas ante lo social. El pensamiento único impulsado por Fukuyama y su fin de la historia, ha servido para desacreditar o presentar como obsoletos los términos de derecha e izquierda. Pero estos siguen siendo útiles para ubicar a los actores políticos, líderes y movimientos sociales.

Algo que conviene destacar es que el entrevistado de referencia no es ningún sociólogo, ni político, ni líder partidista; se trata del nuevo director de la Orquesta Sinfónica de la UANL. Es un artista que actúa como intelectual, ya que su juicio refleja un análisis de la vida política, una interpretación de los hechos y dichos de quienes han gobernado y que comunica o divulga los resultados de ese proceso intelectual.

Hay quienes consideran que un intelectual lo es cuando logra influir en la opinión pública. Es por ello que la mayor parte de los “así llamados intelectuales” buscan canalizar sus juicios y apreciaciones a través de los medios de comunicación. También sucede que la capacidad de influencia en la opinión pública de algunos intelectuales los hace susceptibles de presiones o estímulos para ejercer su juicio en favor o en contra de un tema o postura. La libertad de expresión que ejercen los intelectuales se ve por momentos bajo presión.

Hay quienes como conductores de noticieros, en la radio o en la tele, aprovechan esos espacios para sesgar la opinión pública con posturas y expresiones que denostan o denigran a personajes de la vida pública. Emiten juicios sin explicación de las causas o razones que expliquen los hechos. Así influyen en la opinión pública, pero no son intelectuales.

Luego hay quienes han hecho fama de intelectuales y que de repente se lanzan al ruedo de la política, desesperados porque ven amenazadas sus preferencias ideológicas.

Así que al intelectual hay que contrarlo fuera de los ámbitos del poder. O con suficiente distancia como para analizar, interpretar y divulgar su pensamiento con juicios ajenos al interés del dinero o los juegos del poder.

Una mirada intelectual en tierras nuevoleonenses

Lídice Ramos Ruiz

En estas tierras del norte de México se asocia la figura del intelectual con seres principalmente del sexo masculino; y se entiende que son personas relacionadas con la academia, ya en ciencias básicas, medicina, sociales, o bien las humanidades; igualmente que practican algún estilo de arte, pintura, escultura, literatura; son escritores o investigadores que ejecutan una actividad sobre el conocimiento, donde sus aportaciones están engarzadas al cambio social y político de la zona.

Se mantiene en el imaginario colectivo la idea de que son personajes cercanos al poder político, como en la antigüedad, donde el maestro aconsejaba a los reyes imperiales, o como en el medioevo, donde igual los dominadores eran mecenas de la actividad intelectual. Desde Antonio Gramsci, nos hemos quedado con la clara idea de que este personaje es “un intelectual orgánico”, que busca entender el mundo de su época histórica trabajando su inteligencia y desarrollando las potencialidades y capacidades del conocimiento, que tiene una enorme influencia en la élite política, que toma las decisiones. Ya para aconsejar, proponer o bien contribuir a la generación de una contra-propuesta al régimen; mas también, en convertirse él mismo en funcionario gubernamental

En el orden nacional que se comienza a construir después de 1810, contamos con Fray Servando Teresa de Mier, monje dominico entrado en las letras, las leyes cuyos alegatos intelectuales han sido considerados importantes en el contexto de la independencia de México. Dentro del siglo XIX, el doctor José Eleuterio González, filántropo importante para la Universidad de Nuevo León, quien también se desempeñó como gobernador.

Ya en el México posrevolucionario, de inicios del siglo XX, el escritor y diplomático Alfonso Reyes como otros miembros del llamado Ateneo de la Juventud, postulan la crítica a las ideas positivistas en las que ellos mismos habían sido educados. Dentro del grupo intelectual de los primeros años del siglo XX, se manifiesta una disposición a involucrarse en la administración del servicio público en los ámbitos artístico, educativos y culturales. Dentro del estado de Nuevo León, van a destacar –entre los que ahora recuerdo– Moisés Sáenz Garza, los entonces estudiantes que demandaron la universidad del Norte: Raúl Rangel Frías, José Alvarado, Juan Manuel Elizondo. Maestros como Plinio D. Ordoñez, Pablo Livas, Miguel F. Martínez, Serafín Peña, Humberto Ramos Lozano y Jonás García.

La construcción de la UANL tiene en su legado intelectual entre otros personajes a catedráticos de la talla de Enrique C. Livas, Joaquín A. Mora, Salvador Martínez Cárdenas, Ángel Martínez Villarreal, los hermanos Reyes Aurrecochea, Alfonso Rangel Guerra, Francisco M. Zertuche, y por supuesto que faltan muchas más personas por agregar.

No existe intención, por ahora, de completar la lista que intelectuales que son considerados personajes de propuestas, protestas y transformaciones a la vida de este estado. Si nombramos a algunos es para clarificar que desde el poder político hasta los años sesenta, muchos de los anteriores eran esenciales para la construcción de consenso hegemónico y como se entendía que la cultura era diversa ideológicamente, sus posturas resultaban adecuadas para el crecimiento del país.

A partir del movimiento del sesenta y ocho, cuando el sistema político es

fuertemente cuestionado y las promesas revolucionarias no tienen horizonte, una buena parte de los intelectuales ligados a la cultura nacional y local son vistos con reserva. El conocimiento y el pensamiento que produce la educación de la época cuestiona el poder y el régimen establecido; por tanto, hay que destruir, manipular, censurar o encarcelar a intelectuales y líderes cuyas ideas no apoyen los proyectos de estado. Los gobiernos locales de Eduardo Elizondo (1967-1971), Luis M. Farías, (1971-1973), Pedro Zorrilla (1973-1979) y Alfonso Martínez Domínguez (1985-1991) tienen tintes de lo anterior, pero los tenemos poco estudiados.

Con el gobierno federal de Carlos Salinas de Gortari, nace el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, organismo rector de las políticas culturales. Desde allí se busca fomentar un nuevo tipo de intelectual, para la pujante industria cultural. Se comienza a desdibujar la filantropía, el amor al conocimiento por el conocimiento mismo, un cierto tipo de altruismo y amor al prójimo, de manera solidaria o por los ideales revolucionarios del sesenta y ocho. La crítica o cuestionamiento al sistema político va siendo marginada. Se forjan administradores de las artes y los oficios de la cultura.

Hoy día ocurre, por un lado, que el sistema de becas, de apoyos para la creación artística, los oficios de los promotores cultural han conformado un modelo donde el quehacer intelectual ya no confronta el enfoque político; y por otro existen personajes que buscan mantener una cierta distancia de éste y un nivel de independencia que pueden arrinconarlos en el olvido. Dar nombres de personajes de esta convivencia es una deuda pendiente.

Índice

Q

Director:
Luis Lauro Garza
Editora
Adriana Garza
Publicidad:
Gerardo Martínez
Asesor de la dirección:
Gilberto Trejo
Relaciones públicas:
Yolanda (Flaka) Aguirre
Asesor legal:
Luis Frías Teneyuque
Arte y diseño:
Martín Ábrego Parra
Fotografía:
Rogelio (Foko) Ojeda
Mayra González
Distribución:
Luis Carlos Ramírez

La Quincena / revista mensual / febrero 2019
Editor responsable: Luis Lauro Garza
Número de Certificado de Reserva otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor:
04-2003-0828156343200-102
Número de certificado de Licitud de Título: 12926
Número de Certificado de Licitud de contenido: 10499
Incorporada al Padrón Nacional de Medios Impresos de la Secretaría de Gobernación.

La Quincena es una publicación editada por Editorial La Quincena S.A. de C.V., Serafín Peña 748 sur, Monterrey, Nuevo León, C.P. 64000, Tel. (81) 19352363.

Correo electrónico: laquincena@gmail.com

Página web: www.laquincena.mx

Impresión: Procesos Impresos, S.A. de C.V. Av. Alfonso Reyes 3013, Fracc. Bernardo Reyes, C.P. 64280. Monterrey, Nuevo León.

Distribuidor: Editorial La Quincena, S.A. de C.V.

3
Cartón de Chava

4
Intelectuales en Nuevo León
Humberto Salazar

5
Nosotras las intelectuales
Ximena Peredo

6
La levedad de la *intelligentsia* en Nuevo León
Abraham Nuncio

8
Una aproximación teórica sobre el oficio intelectual
Hugo Esteve Díaz

10
Quod natura non dat, Salmantica non praestat
Benjamín Palacios Hernández

12
Entre el pragmatismo y el intelecto
Ricardo Marcos

14
El anti intelectualismo regiomontano
Manuel Yarto

15
El fuego del pensamiento parece débil aquí
Abel Garza Martínez

16
Horacio y su legado
Cris Villarreal Navarro

17
Mirar al pasado
Mario Nieves

18
Método infalible para identificar al gran intelectual de Nuevo León
Eloy Garza González

19
Ser intelectual hoy
Luis Frías Teneyuque

20
Analizar, interpretar, divulgar
Edilberto Cervantes Galván

21
Una mirada intelectual en tierras nuevoleonesas
Lídice Ramos Ruiz

22
Índice

24
¿Y quién es un intelectual?
Gil Gallardo Montejano

25
Profesión no reconocida
Luis Martín

26
Los intelectuales en la crisis neoliberal
Xavier Araiza

27
Si los hay
Sergio Elías Gutiérrez

28
En todo hay niveles
Alfonso Teja Cunningham

30
El círculo rojo de Monterrey
Gerson Gómez

31
Mi yo escritural
Hugo Valdés

32
1913
José Javier Villarreal

37
Gracias a *El Porvenir*
Lupita Rodríguez Martínez

38
Si no tiene cabeza pa'nada
Ismael Vidales Delgado

39
Destructores S.A.
Armando Hugo Ortiz

29
El intelectual en tiempos de la 4.0
Jesús González Ramírez

34
Mareas
Minerva Margarita Villarreal

36
Opinología
Jorge Castillo

40
Entrevista con Armando Alanís Pulido
Eligio Coronado

42
Décimas del Profeta Berna
G. Berrones

¿Y quién es un intelectual?

Gil Gallardo Montejano

El hombre se afirma –dice Adolfo Sánchez Vázquez– como un ser esencialmente humano, cuanto más universalmente despliega su personalidad, cuantos más ricos y variados sean los dominios en que ejerce sus facultades. Todos estaremos de acuerdo que Alfonso Reyes, el regiomontano universal, fue un intelectual, un hombre de letras, que a su vez fue un artista; su obra permanece y sigue siendo objeto de numerosos análisis, ensayos y trabajos académicos; pero en eso, como ya lo mencioné, no solo estamos de acuerdo, lo sabemos como una condición.

José Alvarado es otro intelectual, aunque de otra estirpe un tanto distinta a la de Alfonso Reyes. Militante político activo y combativo buscó darle otra cara a la Universidad en su tiempo; y para el final de su carrera, por estos hechos fue vilipendiado y difamado por la burguesía neoleonese, a través de algunos de sus muy conocidos medios.

Haciendo un poco de luz a partir de la existencia de estos dos grandes hombres en la historia de la vida intelectual en Nuevo León, surge la pregunta: ¿Quién es un intelectual? Dado que la encomienda de la escritura de este artículo tenía que ver con nuestra entidad, me limité a mencionar a estos dos nombres entre todos conocidos.

Podríamos mencionar a algunos de los intelectuales destacados por su trabajo en distintos ámbitos de la cultura, el arte y la política en la ciudad. Algunos de ellos por sus innumerables conocimientos acerca de un tema, otros por su prestigiosa carrera a lo largo de los años, algunos por sus logros en la academia y otros que se hacen llamar así y que de hacerles cuestionamientos difícilmente saldrían bien librados de su llamada auto-condición de seres de sapiencia. Estoy seguro de la valía de la mayoría de aquellos que de alguna forma aportan para avanzar en la construcción del conocimiento, el arte y la política; creo que

aquellos otros que dicen ser lo que no son, serán los menos.

Sin embargo, antes de indagar más hacia esta cuestión de quién es un intelectual, tendríamos que ahondar primero acerca del estado en que se encuentra la cultura en nuestra entidad. Aquí valdría la pena parafrasear a Zygmunt Bauman, en su muy ilustrador libro, *La cultura en la época de la modernidad líquida*, donde escribe acerca de las relaciones entre el artista, el intelectual y el Estado, que es quien regula a través de sus instituciones, el tema relacionado con el presupuesto, para que la intelectualidad en todos sus ámbitos pueda acceder a hacer públicas las expresiones artísticas, el conocimiento y la diversidad ideológica del pensamiento político.

Es preciso señalar, como dice Bauman, que el enfrentamiento que se provoca entre quienes regulan las políticas públicas y la intelectualidad, genera un vacío y un problema serio con el desarrollo del conocimiento y el arte; es entonces que se da paso para que las expresiones de la “cultura líquida” (así la llama Bauman), o posmoderna, sean la representación de lo que aquellos ávidos de expresiones inmediatas consuman ese arte efímero propio de la *modernidad* y las relaciones económicas que dicta el modo capitalista de producción; y entonces: el arte, la política y el conocimiento de *alta hechura* queda relegado a unas cuantas expresiones, en el mejor de los casos.

Además de hacer énfasis que existe una intelectualidad en todos los ámbitos de la cultura, sabemos que un intelectual hace ensayo literario, político, filosófico, por mencionar algunos ejemplos; luego, están también los artistas que expresan a través de su obra ideas de índole no solo estético, y que, además a partir de la reflexión profunda crean un conocimiento que si se comparte traspasa el mero hecho artístico como tal, para dar cabida a quienes desean aprender los secretos del oficio;

entonces el artista se convierte también en un intelectual.

Esto, aunque Yazmina Reza, la célebre actriz y escritora francesa opine lo contrario, *un artista no es intelectual*, una expresión muy desafortunada, por decir lo menos; y además, desafortunadamente exhibe que ignora mucho sobre la historia de su país; o acaso, ¿no fue André Breton, además de artista, un intelectual de época? Me parece que un artista va hacia allá, y está destinado a ser un intelectual. Es como decir que el filósofo no es un artista, por supuesto que lo es, su creación está intrínsecamente ligada a la literatura y su obra, más allá de su carácter filosófico se convierte en una narrativa estética.

En Nuevo León, como ya mencioné, hemos tenido grandes intelectuales. Al tratar de hacer mención de algunos, seguramente pasaríamos por alto a muchos de ellos. No obstante, sí quiero voltear a ver la otra cara de la moneda: la de aquellos que hacen un trabajo intelectual-artístico y no son o solo han sido muy tenuemente reconocidos. En ese ámbito, si mantenemos una relación dialéctica con la realidad, el intelectual que se encuentra en el primer nivel es el *maestro*; pero no aquel que se dedica a repetir y seguir los planes de estudio al pie de la letra, sino aquel maestro que primero empatiza y crea vínculos con sus alumnos; un maestro creador, que se prepara en cada clase para retar y hacer que los alumnos se cuestionen sobre todas aquellas cosas que les inquietan. Un verdadero maestro es un filósofo que buscará a través de las respuestas crear más preguntas.

Todo conocimiento debe estar acompañado de un aprendizaje filosófico, y esa línea delgada que dicen existe entre el artista y el *intelectual* quizá hace ya mucho tiempo que se rompió, y entonces quizá también sería pertinente preguntar a nuestros maestros, artistas e intelectuales, qué piensan de esto.

El hombre rico es, al mismo tiempo, el hombre necesitado de una totalidad de manifestaciones de vida humana.
Carlos Marx

Profesión no reconocida

Luis Martín

Si partimos del origen de la palabra intelectual, encontramos tres componentes del latín: el prefijo *inter*, sinónimo de “entre”; la palabra *lectus*, que se traduce como “leído” y el sufijo *al*, que significa “relación”. De ese deslinde podemos interpretar que lo intelectual es relativo al entendimiento, más asociado al simbolismo y lo espiritual, de tal manera que lo intelectual significa lo opuesto a lo corporal y lo físico.

En el devenir de la civilización, el intelectual se ha encauzado hacia los problemas sociales, por lo que la filosofía, la sociología y el arte en general, son las vocaciones en donde más incide el pensamiento intelectual y siempre con la intención de fomentar la reflexión crítica y la autocrítica.

En nuestro terruño local, el intelectual puede verse en dos formas, de acuerdo a la posición del filósofo italiano Norberto Bobbio (1909-2004): el intelectual responsable, o el comprometido. Aquí convendría señalar que la responsabilidad es un concepto con diferentes discrepancias a la del compromiso. El intelectual que despunta en nuestra tierra es visto como *rara avis*, tal vez se le inserte en que sus razonamientos no son “ni de aquí ni de allá”; quizá en un segundo enfoque: “o está con uno o está con otro”; y finalmente un tercera posición: “es de aquí y es de allá”, que podríamos situar en un diálogo con todos.

La posición que tal vez conviene y que parece ser la preferida, la que se sostiene y subsiste en esta ciudad, es la segunda: el intelectual se abre completamente ante el neoliberalismo actual y es de casa; o por el contrario, si no estás conmigo, eres de izquierda y no conviene el diálogo con los intelectuales calificados de izquierda. (Aquí hago una pausa para reflexionar: la gran mayoría de los intelectuales de izquierda –al menos en México– están abiertos al diálogo y creen que la globalización puede ser más amplia, si se exploran caminos más allá del presente neoliberal y se buscan soluciones más justas en la redistribución del dinero, en las oportunidades para todos, en las oportunidades culturales y sociales, y especialmente en la ecología.)

Desde luego que en Monterrey el intelectual causa escozor en las clases altas y tiene menos oportunidades de plantear sus ideas, a excepción de hacerlo en las redes sociales. La actividad intelectual parece ser en Monterrey una acción *motu proprio*, una

gestión que no es una profesión reconocida en las labores cotidianas de una ciudad que sigue los rumbos de la economía mundial y la globalización.

Actualmente, el balance en Nuevo León es negativo en cuanto a la presencia intelectual con respecto a otros tiempos de nuestro pasado. No porque no existan, pienso que hay muchos jóvenes con esas vocaciones, pero que se reservan actuar, por lo que no descarto una posición cómoda, para no sentirse cómplices de la historia reciente de este país sumido en corrupción, guerras internas, y desigualdad económica y social.

Hubiera sido asombroso que gente como Fray Servando Teresa de Mier o Alfonso Reyes hubieran permanecido en la ciudad hasta su madurez, pero les hubiéramos negado el enorme crecimiento que desarrollaron al desplazarse por el mundo.

Entre los intelectuales del siglo XIX debemos mencionar a José María Parás, Eusebio de la Cueva, aun el mismo Gonzalitos, además de Alfredo Torroella, Ricard M. Cellard, Celedonio Junco de la Vega, Serafin Peña, Virgilio Garza, Rafael Garza Cantú, Mauel Pérez Bibbins y Francisco de P. Morales, entre muchos otros.

En el siglo XX nos encontramos con Porfirio Barba Jacob (que también firmaba como Ricardo Arenales y Miguel Angel Osorio) y con el potosino David Alberto Cossío. Dejo al final de este siglo al movimiento encabezado por José Alvarado, Raúl Rangel Frías y Juan Manuel Elizondo, cuyas acciones fueron definitivas para la creación de la Universidad de Nuevo León; y ya dentro de este claustro, los trabajos emprendidos en los principios de la Escuela de Verano, con Francisco M. Zertuche, Pedro Garfías, Miguel Flursheim Tromer. Recordando mis tiempos de juventud, me vienen a la mente: Alfredo Gracia Vicente, Manuel Rodríguez Vizcarra, Agustín Basave Fernández, Israel Cavazos, Jorge Cantú de la Garza, Artemio Benavides, Cesar Lucio Coronado.

¿Qué decir de nuestros tiempos actuales? Hay en Nuevo León una gran cantidad de escritores, pintores, músicos, poetas, actores y junto a ellos un sinfín de personas, de diversas profesiones, que ejercen su intelectualidad y participan, aunque siempre acotados por sus empleos públicos o privados, o por el grupo social al que pertenecen y del que resulta muy incómodo salirse.

Los intelectuales en la crisis neoliberal

Xavier Araiza

En la era de las civilizaciones los intelectuales siempre han estado ahí: forman parte –como individuos y grupos– de la historia, la sociedad, la política, específicamente de lo que se entiende como campos de la cultura, la literatura y la filosofía, las ciencias humanas: antropología, psicología, sociología, historia, lingüística...

Como sucede en lo real y lo simbólico, los intelectuales están siempre en contradicción, en debate (explícito o soterrado), puesto que ejercen una función de productores-divulgadores de ideas y escrituras.

En las sociedades capitalistas del siglo XIX, conceptualizadas crítica y dialécticamente por Marx, Engels, Bakunin, Prudhon y otros intelectuales que abrieron espacios de saber nuevos en la visión de la modernidad, del mundo liberal iniciado por la Revolución Francesa, inicia un terreno polémico que se caracteriza como conflicto ideológico-político-social-cultural entre izquierdas y derechas.

Con la influencia de los grandes filósofos del siglo XIX, y en el marco de las revoluciones del siglo XX, surgen pensadores que hablarán de “intelectuales orgánicos” integrados a una u otra clase social (Gramsci), intelectuales clásicos o populares (Sartre), intelectuales al servicio o lejos del Príncipe. En años recientes se acuña la frase de “intelectuales al servicio del Dueño”, es decir: del gran capital.

Así, en el trazo histórico que va de la Revolución Francesa, el siglo XIX del capitalismo salvaje y liberal, la revolución y revueltas sociales del siglo XX (mexicana, rusa, china, cubana, año 1968...), ha definido tres grandes tendencias intelectuales llamadas conservadurismo, liberalismo, izquierdas marxista y anarquista.

Con la mirada dialéctica en las ideas y en el mundo social (neoliberal) siempre en movimiento y en contradicción, es posible captar varias tendencias intelectuales: un liberalismo humanista (democrático), un liberalismo conservador (autoritario), un conservadurismo fundamentalista (ultraderechista), un conservadurismo con influencia liberal, un marxismo dogmático (neoestaliniano), un marxismo libertario y crítico.

En la era del neoliberalismo ahora en declive, surgido de la caída del Muro de Berlín, la disolución de la URSS y el fin de la Guerra Fría en el mundo bipolar, este fenómeno tiene el sello del trauma, la confusión y la vuelta al pensamiento idealista y al pragmatismo sin ética, donde el fin justifica los medios, pero también a la práctica y búsqueda intelectual de nuevas utopías.

En México, la ciudad de Monterrey es tal vez el laboratorio de esta confusión, donde quien mantiene su identidad sin máscaras es el conservadurismo que controla los mecanismos de poder económico, político, cultural, educativo, mediático.

Salvo excepciones, en Monterrey se ven izquierdas dogmáticas, liberalismos autoritarios, conservadurismos extremistas. Esta realidad en el campo intelectual se puede analizar en las instituciones educativas, eclesiásticas, políticas, culturales, mediáticas, deportivas.

Los intelectuales críticos del capitalismo regiomontano, que tiene a la sociedad al punto del colapso, no forman una tendencia definida, están dispersos, aislados, sin vasos comunicantes. Los liberales se pierden en los laberintos del poder conservador, que se ve en el espejo de la impotencia y el miedo al cambio de país que inició en julio de 2018, que genera a la vez: un clima social y psíquico de esperanza, angustia y desasosiego.

El campo de los intelectuales nuevo-leoneses y las instituciones en que actúan están en crisis: explotó la burbuja en que derechas, liberales, izquierdas coexistían sin manifestar sus diferencias de fondo.

Terminó el mundo posmoderno de las indefiniciones, donde todo era igual y la crítica podía dar gato por liebre en aras de un multiculturalismo gelatinoso.

La crisis global del siglo XXI necesita urgentemente una detallada radiografía social, la exploración a fondo de las ideas, la crítica y autocrítica abiertas, el debate profundo sobre el fin de época, la búsqueda de la sociedad que sustituirá al neoliberalismo depredador en la nueva era que ya se anuncia.

Sí los hay

Sergio Elías Gutiérrez

El intelectual, según Michel Leymarie, “a partir del *affaire Dreyfus*, se impone como sustantivo para designar una categoría social que emerge”. La palabra denota algo que se relaciona con la inteligencia, en el sentido del conocimiento o el entendimiento. *Les intellectuelles et la politique en France*. PUF, 2001).

Por su parte, Jean Paul Sartre, en *Alegato por los intelectuales (Plaidoyer pour les Intellectuels*, Gallimard, 1972) acota el concepto distinguiendo entre los “profesionales del saber técnico” y “los intelectuales”. Para Sartre, los intelectuales son producto de la aparición de la burguesía como clase social, que trajo aparejada “la aparición de hombres sabios que adquieren un saber superior al resto de los hombres, pero que su papel no es crearle su ideología a la burguesía”. Concluye: “En suma, todo profesional del saber técnico es un intelectual en potencia... se vuelve intelectual cuando retoma el movimiento hacia la universalización de las clases desfavorecidas, y deja de apoyar a las clases dominantes.”

En nuestro medio, hay miles de profesionales del saber técnico, formados en las universidades locales, públicas y privadas, que se prepararon para ejercer sus saberes en favor de sí mismos y no de la sociedad a la que pertenecen.

Se privilegia a profesionales que producen bienes o riqueza, y no tanto a los que considera intelectuales (término que por cierto no se aplica a muchos).

Goza de mayor prestigio quien logra destacar, midiéndose el éxito, por lo regular, según su posición económica y social. A pocos se admira por su cultura, o por su afición a las bellas artes, sino, casi siempre, por los bienes alcanzados.

Gozan de menor prestigio, quienes, en términos sartreanos, usan sus conocimientos para cuestionar y criticar su entorno y buscan la adopción de una ideo-

logía de mayor apertura hacia lo social.

Prevalece una ideología dominante que podemos calificar de conservadora. Ni los sindicatos, partidos, ni siquiera las universidades, crean o difunden alguna ideología que se pueda calificar de izquierda. Sucede con frecuencia que, en las universidades públicas, incluso se combata a quienes intentan cuestionar algo distinto.

El filósofo francés, Louis Althusser, en *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, destaca la importancia que tienen estos en la formación y reproducción de la ideología dominante. Estos son, entre otros –según Althusser–, la religión, el sistema escolar, la familia, el sistema y los partidos políticos, los sindicatos controlados y sobre todo los medios de información. Estos crean y difunden la cultura dominante.

Esto lleva a crear una desconfianza y exclusión laboral, escolar, o de los medios a quienes tratan de abrir el debate de las ideas y cuestionar el estatus político, social y económico prevaleciente.

Los que hacen este intento, permanecen marginados o francamente excluidos de la red creada para la difusión de la ideología dominante.

Es difícil calificar a muchos nuevo-leoneses como intelectuales, aunque muchos alcanzaron un nivel respetable como profesionales del saber técnico, incluso como hombres de letras, pero no volcaron esos talentos hacia la crítica social.

Por otro lado, en el margen de la sociedad tradicional, ha habido un grupo de respetables universitarios que intentaron una nueva y mejor visión de la sociedad y del mundo. Por cierto, con poca fortuna.

El medio social prevaleciente, no favorece la formación de intelectuales, al menos por ahora.

En todo hay niveles

Alfonso Teja Cunningham

Haciendo memoria (para responder a las preguntas de nuestro editor, sobre rol e imagen de la intelectualidad en la comarca, y tomando el asunto muy en serio), creo que un chispazo al respecto cruzó mi cabeza en la Ciudad de México, la primavera de 1978, cuando caminando por la avenida de Fray Servando, caí de pronto en cuenta que esa gran vía capitalina es la que en este regiometraje equivale a la calle del Padre Mier, la misma que en este caos urbano —aquí—, aparece empujada cada vez más. Premonición.

Aquella tarde me quedó clarísimo que nadie es profeta en su tierra; pero vi algo más. Imaginé al clérigo en la máxima tradición provinciana del besamanos familiar, y luego lo contemplé, en contraste, recorriendo los pasillos de Palacio Nacional, donde al final de sus días, estaba en su casa recibiendo el saludo respetuoso de sus coetáneos Constituyentes.

¡Qué vida la del padre Mier! Acá, pastor religioso; allá, ideólogo político. Vida azarosa que destaca más por la fugacidad de sus aventuras que por la trascendencia en sus ideas. Pero no importa. Por el lado que se le mire, José Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra fue un intelectual de la época, al que evidentemente algunos no le entendieron (y otros no quisieron entenderle).

O como ustedes quieran verlo; pero explorando un poco en busca de algún respaldo para mi intuición, encontré un ensayo publicado en 2010, con el título: “La subjetividad del ‘Yo’ en el discurso político de fray Servando Teresa de Mier”, en el que la investigadora Ludivina Cantú Ortiz hace una definición precisa y muy interesante: “[Fray Servando]...representa una voz disidente en medio de la beligerancia de aquellos tiempos, habla desde el margen por su posición política, por su circunstancia vital, por su discurso subversivo y, por supuesto, porque no se encuentra en el centro del poder; a pesar de todo ello, *habla siempre desde una posición de autoridad, que le otorga, según él, el conocimiento adquirido con sus estudios (es Doctor en Teología), sus viajes, su origen criollo, la información que posee y la lectura de cuanta obra caía en sus manos*”.

En esta cita, en donde el subrayado va por mi cuenta, queda definido el origen de la autoridad que tradicionalmente se adjudica a los intelectuales. Y así, aquel recuerdo de una tarde de primavera me brindó, más de cuarenta años después, la materia prima necesaria para sostener una idea nada original y, por el contrario, muchas veces repetida: Monterrey no es tierra para intelectuales; o dicho de otra manera, esta tierra no es buena para cultivar la intelectualidad. Los ejemplos se multiplican y los nombres son abundantes. Salir del cerco montañoso es necesario, incluso imprescindible. Nuestro admirable monje dominico es el mejor ejemplo. En él se establece y resume todo el prototipo.

Pero esta definición supuestamente precisa no basta para disipar las dudas. Quedan muchas preguntas sin contestar. Entonces me pareció buena idea acudir a Samuel Ramos, quien en su principal obra referente, *El perfil del hombre y la cultura en México*, de 1934, critica acremente la copia perezosa del pensamiento europeo,

*En un lejano lugar retacado de nopales
había unos tipos extraños
llamados intelectuales...*
Rockdrigo González

y aboga por el desarrollo de un pensamiento natural como mexicanos, al tiempo que desdeña a todos los que escogen la ruta fácil del auto engaño y la imitación.

Dice Ramos: “El ejercicio honrado de la inteligencia requiere esfuerzo a veces penoso y una disciplina intelectual y moral. El sujeto que piensa se ve precisado a vigilar, no únicamente los procesos del conocimiento mismo, sino la totalidad de su espíritu, para evitar que muchos factores subjetivos desvirtúen el resultado de las pesquisas. Y no se oculta a nadie que esa pesquisa autocrítica es sumamente difícil de practicar. Por eso la veracidad es considerada una virtud de gran valor. ¿Existen en México numerosas personas veraces?” El autor concluye el párrafo exhortando al lector a contestar la pregunta por sí mismo.

Cavilando al respecto, me pareció entender ahora que, guardando toda proporción y sensatez, algo parecido ocurre al pensador mexicano que ha de nutrir el intelecto con los aires frescos allende nuestras fronteras, pero no para arraigar en fuentes ajenas, sino para contrastar y analizar, bajo diferentes perspectivas, con el fin de superar factores subjetivos y, como decía Samuel Ramos, escudriñar la totalidad del espíritu. José Vasconcelos dijo algo semejante y hoy es el lema de nuestra Universidad Nacional.

Evidentemente es imposible desarrollar, en unas cuantas líneas, ideas que atañen al dinámico y cambiante perfil de un país que no termina de asimilar su pasado, definir su presente y mucho menos diseñar un futuro congruente.

Peor aún. En este recorrido a volapié, el toro mantiene derroteros y giros extraños. ¿Cómo obviar una definición esencial de lo que es o debe ser la inteligencia? Si tenemos “intelectuales”, estamos dando por descontado que contamos con “inteligencia”, más ello induce una pregunta fundamental: ¿de qué inteligencia estamos hablando?

Normalmente entendemos por inteligencia “la facultad de la mente para aprender, entender, razonar, tomar decisiones y formarse una idea determinada de la realidad”. No obstante, en la actualidad se populariza cada vez más la noción de que la inteligencia se manifiesta en formas muy diversas: matemática, lingüística, espacial, musical, emocional, interpersonal, etcétera.

Y la discusión no se detiene, pues llega al punto en que se confunden los linderos de la inteligencia con el conocimiento y, con ello, el campo de aplicación de dicha inteligencia adquiere formas tan variables como la realidad misma, de tal manera que un inteligente académico, o politólogo de carrera, por ejemplo, se verá imposibilitado para entender el porqué y el cómo de una plaga agrícola que ha acabado con una rica plantación, mientras que el avezado campesino sin estudios formales entiende, razona y decide, el mejor modo de resolver el problema.

¿Seremos tan inteligentes como para descubrir finalmente para qué sirven los intelectuales?

El intelectual en tiempos de la 4.0

Jesús González Ramírez

No es que la abstracción, el silencio y la tranquilidad no sigan estando de moda para inspirar el pensamiento, pero hemos entrado ya en tiempos frenéticos, en un cambio de época. Es claro que las revoluciones industriales de los últimos siglos: la de las máquinas, la del uso masivo de la electricidad o la de las computadoras, han estado acompañadas de sendos avances en el pensamiento; de hecho, hay quien piensa que primero fueron los avances en el pensamiento y después las revoluciones industriales.

Bueno, al día de hoy mantenemos ciertamente separadas las cuestiones de pensamiento de las económicas; nos conviene en esta era de frivolidad y de hiperexplotación del ser humano y de los recursos naturales, de seres humanos desechables, pero hay casos interesantes donde se medio emparejaron ambas cosas: el desarrollo pacífico de la energía nuclear por ejemplo; tras una gran reflexión intelectual sobre la potencia de la energía nuclear destructiva, gente como Einstein abogó por su uso pacífico y los militares de Estados Unidos comenzaron a intentar controlarla para que fuera una energía útil al ser humano; los soviéticos también, y muy poco tiempo después de acabada la segunda guerra ya se contaba con medios de transporte propulsados por energía nuclear, o con plantas que producían electricidad para uso civil; es posible que suene idealista, pero en el fondo no sólo es el lucro económico, sino también buscar que las y los humanos

vivamos mejor; el pacifismo de Einstein es el mejor ejemplo.

Los intelectuales típicos, imagino que los de escritorios y libros, ¿están preparados para la velocidad de los cambios tecnológicos que suceden cada hora? ¿Han valorado la hiperinformación que hoy está en manos de todos y los convierte en “pensadores”? Hay que ser honestos, el pensamiento entendido como conocimiento técnico sólo estaba al alcance de quienes tenían la información para producirlo, no importa la época en que lo pienses, era un privilegio el recibir información. Hoy ya no lo es, pues la información la puede tener casi el que quiera y eso nos convierte en una nueva clase de intelectuales, de productores de pensamiento masivo: bueno, malo, regular, útil, inútil, humano, inhumano y etcétera, al infinito son solo categorías; pero, siguiendo con la honestidad, quienes no tenían acceso hace 200 años a la información también producían pensamiento, ese que le llamamos sabiduría popular.

¿Son las tecnologías de la información útiles para crear pensamiento? Muchos estamos convencidos de que sí, pero desdeñosamente, la intelectualidad las ve como enajenantes; y no es que no lo sean, pero también los libros lo son; retraerse de la 4.0 por superioridad intelectual, solo va dejando analfabetas tecnológicas en el camino, gente que hoy no puede usar en su provecho una *App* como *Waze* para llegar más rápido a su casa; y pensar más o mejor o analizarla

para emular su proceso técnico y ensayarla en la producción de pensamiento; gente que no entiende el gozo hedonista y el peligro de alcance social de romper la llamada cuarta pared, como en “Black Mirror: Bandersnatch”.

La 4.0 es una autopista frenética que transformará el mundo tal como lo conocemos y que puede generar no sólo analfabetos tecnológicos, sino también damnificados tecnológicos: intelectuales a los que perdimos porque no pudieron desarrollarse en este nuevo entorno. Hay mucho que escribir sobre esto, pero estos intelectuales pueden ser las anclas que la humanidad requiera para mantenerse así: humana, porque no es lo mismo que una impresora 3D fabrique una prótesis en la comodidad de tu casa, a que un asistente de realidad virtual sea programado con un sesgo racista. Les necesitamos.

La edad de quienes se dediquen a producir pensamiento y, ojalá, pensamiento social no sólo técnico, ira decreciendo producto de esta misma revolución tecnológica, andaremos unos diez o veinte años promedio más jóvenes, eso es una incógnita brutal. La robustez intelectual que hoy suponemos es inversamente proporcional a la juventud, nos quedará claro por fin que una cosa es escolaridad y otra cultura; pero, ¿por qué no? En poco tiempo tener un sistema de aprendizaje como el que nos mostraba el *Planeta Salvaje* de René Laloux en 1973, con lo que se exponenciará todo el proceso intelectual. No sé, piénsenlo.

El círculo rojo de Monterrey

Gerson Gómez

Disuelos, tráfugas y solitarios. Se han exiliado de los cafetines de poca monta. Ya no recitan el canon de los versos de Marx ni tampoco entonan con fervor la internacional en cada una de sus reuniones.

Son más escasos los mítines de apoyo, la palabra camarada está en desuso. Han tomado el poder, mientras algunos de ellos aún hacen rabietas contra los liderazgos históricos.

Los intelectuales de Monterrey conocen a pie juntillas las versiones actualizadas de la escuela de economía de Chicago. No les horroriza lo deshumanizado de los recortes y de los ajustes presupuestales.

Para ellos el verdadero movimiento social se gesta en las plataformas digitales. Lanzan sus consignas como quien esconde la metralla de la burla y de masificación de contradicciones históricas.

Conforme se acercan a la edad de la jubilación suman las semanas cotizadas. Le restan los periodos de permiso o de castigo. De la parte proporcional. Algunos de ellos aún asisten a sus incómodos asientos a cubrir horarios quebrados.

A observar la revolución de la gene-

ración de los reemplazantes. Juegan los crucigramas y los sodokus en los sanitarios. A tiempo perdido, a vida extraviada.

Los intelectuales regiomontanos sucumbieron a la belleza de las compras en San Antonio, San Marcos y los fines de semana con desayuno de vino y pan.

Sus aliados, los pocos supervivientes, los eternos del presupuesto, los desdentados y de traje apollado, detestan las nuevas ediciones de *Proceso*, tan sensacionalistas y tan poco combativos.

Rumian la desgracia de los días, en algo llamado el fin del mundo, del universo occidental, cuando sus ojos ya solo captan los números rojos de la fatalidad y del olvido.

Forzados a la sonrisa de una placa por los años prestados al servicio, de pasar de la intelectualidad al pragmatismo. A la lisonja y a contubernio de las componendas, los acuerdos políticos y al frenazo del devenir. Al sonoro aplauso entenebrecido en medio de las multitudes triunfantes. Al ruido del cristal histórico haciéndose añicos, mientras toman mezcal como digestivo, después de la comilona de gorra.

Mi yo escritural

Hugo Valdés

Lejos estaba del tiempo en que, lleno de energía y con la mente lúcida, podía olvidarme de mí para en unos minutos dar paso a mi yo escritural, el oscuro hermano gemelo que me guiaba durante el trance. Para zanjar tal silencio, me decía que escribir libros era lo mismo que idear una artesanía refinada y costosa que difícilmente se podía compartir con el vecino. Además, ni el mundo ni yo cambiaríamos, por más tiempo y aplicación dedicados a la literatura.

Nada más sencillo entonces para dejar de escribir y optar por el mundo que someterse a la vida social: preparar una cena, disfrutar del alcohol nocturno, ir al cine, cualquier cosa para sacarle la vuelta a la proverbial hoja en blanco. A quién le importaba ya la novela social, la literatura punzante, el idioma idiota. Se había roto conmigo un vínculo virtual entre los sin voz y las palabras, y la verdad no me dolía, a pesar de que hasta yo me creí alguna vez eso de que había que salir de sí mismo para querer realmente a los demás. Preferí rodearme de amistades rentables en vez de hacerme el hipócrita con el jueguito ese de lucrar con los jodidos, ofreciendo su pobreza y marginalidad como encubierto exotismo.

Pero no estaba del todo curado, e impelido por la nostalgia pasé por varios clubes de lectura hasta parar en un taller literario cuyo mayor encanto, tal vez, era entender la inteligencia como una especie de sociedad secreta. Nos burlábamos de todos y de todas: de coetáneos y santones, de políticos y funcionarios culturales, y, más que nada, de los literatos de nuevo cuño. Constituían el plato fuerte cuando, cada cierto tiempo, los veíamos renegar de su naturaleza tributaria y alguna revista de poca monta y menos lectores aceptaba incluirlos en sus páginas; luego de ese hito, no habría ya fuerza que detuviese su voraz demanda de partidas y presupuestos destinados a la incipiente creación literaria, por más endeble, por menos promi-

soria que fuese la garabateada por muchos de ellos que, hartos de ser comparsas, acabarían sin embargo conformándose con las boronas de un protagonismo que los literatos auténticos podían conseguir solo con trabajo.

También, asistiésemos o no a la reunión, nos burlábamos siempre de nosotros mismos. Todo fue más o menos bien hasta la noche de un miércoles en que atisbé cierto coqueteo peligroso con la posmodernidad al uso. Convencido de que solo era útil lo que el lector necesitaba, alguno decretó la necesidad de únicamente producir literatura sustentable, esa que debía escribirse para ser tan vendida como leída. Yo había sido gauda para muchas cosas, pero no para dedicarme a pergeñar una literatura aérea, huera, fácil, que asegurara antes las ventas que su propósito estético. Y si era para ganar dinero, mejor destinaba ese tiempo a ganarlo de veras, como lo había venido haciendo hasta ahora.

Empecé desde ese momento a verlos con recelo. Todos competitivos y talentosos, en su forma de congregarse no dejaban de ser artistas, acostumbrados a que aun sin ciertas pequeñas comodidades burguesas eran de cualquier modo mejores que el resto, hechos para siempre recibir y solo raramente dar. Muchas noches hubiese preferido dejar por un rato la literatura a cambio de una cena en forma y compartir una ronda de buen trago. Me aparté del grupo consolándome con la idea de que cada amigo que dejas de tener se traduce en alguien que no podrá ya solicitarte un favor. Tiempo después terminé separándome por completo de ese mundo no tanto por desavenencias con otros escritores, sino debido a un incidente que, de pasada, empezó a minar mi matrimonio.

* Fragmento de Breve teoría del pecado, *Conarte* (2013).

1913*

Podríamos terminar en 1913. Año que no me dice nada. Yo no había nacido y tal vez ninguno de mis ancestros haya abierto ese año la Biblia, puesto el dedo sobre algún versículo y leído nada en voz alta. 1913 es un año cercano a 1910, la Revolución rusa, pese a los conflictos, huelgas y represalias, tardaría 4 años en estallar. Rubén Darío aún no había comenzado la publicación de su *Antología personal*, la Primera Guerra era impensable y en la casa de mi abuelo hacía tiempo que no se sabía nada acerca de él.

Lo que tengo muy claro es que no voy a escribir acerca de la Biblia, de la Revolución rusa, de los paseos de Antón Chejov, de Darío y su derrumbe, del joven Reyes que lo tildaba de ser un pobre inútil o de mi abuelo que un día salió de casa; pero el paisaje, que hasta ayer veía desde el auto en la carretera, ya estaba ahí.

Baja California es un accidente con sus rusos del Valle de Guadalupe.

La noche pudo ser muy fría.
Ellos conjuraban y hacían planes para derrocar al gobierno;
no eran campesinos ni obreros, sino estudiantes que llevaban las cosas como podían.
Fueron descubiertos,
la policía del zar los golpeó y humilló; finalmente los mandaron al paredón,
y la mañana, como la noche del arresto, seguía estando muy fría.
Momentos antes de que les dispararan (como si fuera una película,
cuestión que ahora no ocurre ni en los libros)
llegó el indulto y se salvaron.
Uno de ellos, ese mismo día, tomó la decisión de ser escritor.
Así dice la carta que le escribió a su hermano.
El siglo XIX terminaba.

Puede ser un departamento o una pequeña casa del centro,
una reunión de amigos o el cumpleaños de uno de ellos.
La nostalgia por los años de escuela,
aquellos planes estúpidos donde se contemplaba la caída del gobierno
y la instauración de un nuevo orden
donde Marx, la marihuana y el sexo se confundían con la libertad.
No había nieve ni trineos
y la policía del zar no guardaba la elegancia que ostentaba en San Petersburgo;
pero vistos a la distancia
—sin paredón y escritor— estudiosos todos ellos de la realidad social,
parecen sobrevivientes que al inventar su pasado evocan una historia que no pasó,
pero que todos ellos se empeñan en recordar.

En cambio tú estás en un consultorio.
El televisor da noticias de robos, asesinatos o accidentes.
De pronto todo se concentra en la figura de la locutora
que ofrece la información del clima;
de pronto estás en Alaska o en el Parque Nacional de Yellowstone.

*Jim tiene problemas ya que no encuentra a su perro,
sabe del peligro que corre dado que el puma merodea la zona
y pronto caerá la noche
y la temperatura habrá de descender;
en Wyoming, un búfalo ha caído en la trampa de un cazador furtivo,
la estación de policía ha recibido el reporte de que hay
movimientos sospechosos
cerca del lago;
una patrulla se dispone a investigar. Mientras tanto Jim grita desesperado
el nombre de su perro mientras el sol se va
ocultando entre las ramas de los pinos;
los guardias forestales, en coordinación con el equipo de
veterinarios del zoológico,
han localizado el sitio donde se encuentra el búfalo
y se disponen a ayudarlo,
tú ves por la ventana cómo el día se ha ido imponiendo
y en la estación de enfermeras no hay nadie que te pueda ayudar.*

José Javier Villarreal

* 1913 [Fragmento] nace ante mi perplejidad y asombro, a la mañana siguiente, de ver un video de una fiesta de cumpleaños muy cerca del templo de La Purísima —y a la cual asistí—, cuyo protagonista —coartada del convite— fue Luis Lauro Garza. Un evento que, por las historias que anuda, exige ser cantado.

(Este poema forma parte del volumen *Un cielo muy azul con pocas nubes*, que próximamente editarán *Atrasalante / Universidad Autónoma de Nuevo León*.)

MAREAS

a Martha Casarini

Y hay un lugar al que nunca podrás volver.
Y un árbol lo esconde durante el día
y una lámpara lo alumbra de noche,
y más no puedo decir
y más no sé.
Yehuda Amijái

El invierno estaba yéndose cuando lo descubrí al pie de la escalera. Daba otra apariencia al espacio que yo creí dominar. La razón parecía ganarle a la inercia de abotagados párpados.

Tampoco me creyeron que Gatti hubiera muerto. Sí, les dije, con la correa jalándome del cuello. Incienso, disquisiciones, la amarga sonrisa de Foucault trasminándose, ¿o sería ese pedazo de invierno que no deja de golpear? ¿Y a Laing, alguna vez lo leíste?

Luis María te hace bromas
que al sexo estremecen
en cada vuelta de una conversación interminable
trazada por el miedo.
Saber tanto como ustedes...
Sentir esos agujeros a donde el miedo te desliza...
Tenías la edad que yo tengo, y quizás las mismas ganas de partir. 1977, abril,
regreso de vacaciones.
El sol bañaba copas cuajadas de pájaros;
el tiempo su rigor futuro. Pero nada era cierto,
poco a poco esos rostros no estarían más, o todos,
o mi propio rostro avejentado o estos sentimientos
hechos trizas junto con el florero.

El jardín de los *Finzi Contini*. El cine Olimpia que no existe, ni el Rex del bajo mundo con sus ojos de perro. Y el Elizondo, te acuerdas del Elizondo, sus diosas orientales y el deseo entre dragones y serpientes borboteando en lo oscuro.

No, nunca pensé que a eso se debiera su ceguera. ¿Y el dinero, cómo le hicieron para el funeral?

Cuando llamó ya estaba embarazada y se puso contento. Vendrá otro más, me dijo, pero yo lo negué. Si hubiera sabido que él padecía esa enfermedad; vergüenza tengo, dolor. Cómo no me di cuenta, cómo no lo intuí.
Aquella vez estaban otros hombres que ahora no recuerdo; José María y Horacio fumaban, seguramente Iván, pero no con nosotros; con Allegra llegaron Lucien de saco negro y Hélène con una chalina de estambre café. Las francesas tejen mucho. Con ellos probé el *fondue*. Regresaron a Francia.

Ya para entonces Luis María no estaba, aunque deambulaba por esas noches, por estas oscuridades de maltratados pavimentos; sus anhelos revoloteaban extrañas y lejanas esferas mecidas por el mar.

Llorabas y yo no podía sino esconder mi llanto, bien frenado, limpiándote las lágrimas. Mirarte en silencio, preguntarte quién eras sin pronunciar palabra, sólo acariciar tu pelo y esperar.

Venías del sur,
distribuías el horizonte,
la ráfaga de ira
cuando lloraste por vez primera.

Las ausencias son hojarascas que el viento esparce,
la delación de mareas que acomodan sus formas
para mirar en claro
a José Oscar del Barco,
a Susana Pagliettini,
a Rocío trasplantándose en las tierras del sur;
y Luis María Gatti despierta en la sala de mosaicos,
la mariguana hace nadar peces en el océano de la conversión,
quimeras que olvida el Elizondo flotan entre rodillas,
acomodan sus miembros
en el momento en que ella se despide
y una ráfaga de viento inunda las alcobas.

Banderas, patrias que difuminan sus rostros en la bruma, pequeñísimas regiones,
cuartos, camas de norte a sur.

Celdas, Martha, que hay que dejar abrir,
que regresen con el libro de Girri bajo el brazo,
y que los alacranes
aparten su agujijón, que lejos limpien el camino.

¿Qué no ves a los dormidos regresar con la lluvia?

Minerva Margarita Villarreal

* Fragmento de poema, aparecido originalmente en: El corazón más secreto. México, Aldus/Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, 1996.

Opinología

Jorge Castillo

Uno de los temas centrales que he abordado recientemente es el de las diferencias y las similitudes presentes entre las violencias criminales y las violencias estatales. Violencias que, hasta el momento, he analizado como las dos caras de una misma moneda con que se ha echado nuestra suerte durante estos últimos doce años.

Los saldos negativos de estas violencias complementarias pueden ser consultados en diversas fuentes periodísticas, académicas, ciudadanas y gubernamentales confiables y desde diversas ópticas analíticas. Ópticas cuyas necesidades e intereses de observación determinan, en gran medida, la definición y construcción misma de los datos que se requieren obtener de una *realidad objetiva*—configurada de forma intersubjetiva— para analizarla.

Sin entrar a detalle sobre los asuntos epistémicos de estas cuestiones metodológicas, sí las tomo de pretexto para seguir profundizando sobre ese tema central, el cual ahora quiero proseguir y concluir a manera de preguntas sobre las nociones o entendidos desde los que la ciudadanía percibimos y pensamos los asuntos que nos resultan importantes del mundo “real” en que interactuamos y nos desenvolvemos.

Nociones o entendidos que damos por sentados sin ninguna reflexión crítica, como por ejemplo, la relación casi indisoluble del uso de diferentes grados de violencia por quienes ocupan posiciones jerárquicas dentro de la sociedad. Nociones y entendidos con los que simbólicamente perpetuamos esquemas de relaciones humanas basadas en parámetros violentos. Es decir, esperamos, pues consideramos como deseable, que quienes ocupan ciertas posiciones legítimas de poder lo hagan utilizando ciertos métodos violentos, los cuales también consideramos como atributos inherentes a las mismas posiciones de poder que ocupan.

Sobre tal legitimidad, no solo piense en soldados o policías, sino también considere toda aquella lírica popular, como los corridos, que exaltan las hazañas del noble criminal violento que interpela, y le compite en legitimidad, al arbitrario poder gubernamental.

Esta reciente reflexión ha sido motivada por los resultados de una encuesta publicada recientemente en *El Financiero* Bloomberg, sobre los hechos ocurridos en Tlahuelilpan, Hidalgo, y con la que se consultó la opinión de la ciudadanía, acerca de quiénes habrían tenido responsabilidad del accidente y también sobre cómo debió de haber actuado el ejército ante tal situación.*

En particular, a la pregunta sobre cómo debió actuar el ejército ante la población, el 39.8% de los encuestados opinó, por medio de respuestas espontáneas, que los soldados debieron *Acordar la zona y dispersar a las personas*, y el 10.4% dijeron que los militares debieron *Hacer uso de la fuerza*.

El primer y más alto porcentaje me hace reflexionar sobre qué exactamente pensaba la gente al dar esa respuesta; cómo suponía la gente encuestada que los soldados debieron dispersar a los pobladores *¿Dialogando con ellos* (11.0%) o usando la disuasión numérica al *Convocar a más militares* (18.3%)? Y específicamente, ¿en qué técnicas de diálogo, disuasión y dispersión de población estarían pensando los ciudadanos al momento que respondían la encuesta?

Yo me pregunto: ¿cuál es el abanico de opciones con el que los ciudadanos evaluamos el actuar de agentes estatales que histórica y culturalmente asumimos, sin cuestionamiento y en términos generales, están relacionados con el uso especializado de la violencia armada, pilar del poder jerárquico y de obediencia hacia el Estado? Y más importante aún, ¿sobre qué parámetros y expectativas las mismas autoridades estatales siguen fomentando una política de seguridad pública al compás de una marcha militar, ahora en uniforme de Guardia Nacional: con base en encuestas de opinión?

Cuestiones que son todavía más preocupantes cuando con los resultados de encuestas de opinión como esta—de respuestas abiertas y poco precisas—, algunos medios editorializan narrativas pseudoespecializadas que se centran en aprobar o desaprobar el *necesario pero desaprovechado uso de la violencia* estatal, de acuerdo con su eficiencia de confrontación; o sea, ¿conforme a la cantidad de pobladores de Tlahuelilpan que, legítimamente, pudieron haber madreado los soldados y cuyo saldo final hubiera representado un daño preventivo menor, en comparación con las víctimas del flamazo?

O sea, ¿se trata de hacer encuestas para reafirmar lo que ya damos por hecho: que nos encontramos en un “naturalizado” mundo cuyas *fuerzas sociales* (legítimas e ilegítimas) chocan y compiten de forma cruel y violenta, con inevitables daños y estallidos colaterales, sea cual fuere la ruta de acción que se tome?

Recuerde usted que todos llevamos a un *reaccionario neoliberal* dentro, pero hay quienes están muy ansiosos en provocarlo para que surja sin ningún freno y así, por medio de nuestra opinión, seguir justificando el uso ininterrumpido de más y mayor fuerza “legítima” del Estado, como en su momento hizo Felipe Calderón Hinojosa, con el objetivo de *apaciguar la violencia criminal*; pero ahora para, de paso, también calificar de “ineficaz” o de “mala gestión” al gobierno de la 4T.

* https://www.youtube.com/watch?v=bYrSN_iLLwM.

alborde076@gmail.com
@alborde076

Gracias a El Porvenir

Lupita Rodríguez Martínez

Es inviolable la libertad de escribir y publicar escritos sobre cualquier materia. Ninguna ley ni autoridad puede establecer previa censura, ni exigir fianza a los autores o impresores, ni coartar la libertad de imprenta, que no tiene más límites que el respeto a la vida privada, a la moral y a la paz pública. En ningún caso podrá secuestrarse la imprenta como instrumento de delito.

El texto anterior es el Artículo Séptimo original de la Constitución de 1917, aún vigente, que hoy nos sirve de referencia para felicitar y reconocer a todos y a todas quienes han hecho, hacen y harán posible la libertad de expresión—la libertad de libertades en una sociedad democrática— a través de las páginas de *El Porvenir*, centenarias a partir del pasado 31 de enero.

Aunque la libre manifestación de las ideas siempre ha estado protegida en las constituciones de la Independencia, de la Reforma y de la Revolución, nuestro reconocimiento a quienes con su diario esfuerzo han logrado que *El Porvenir* cumpla sus primeros cien años de hacer periodismo.

Tal y como lo escribieron sus forjadores, el impresor regiomontano Don Jesús Cantú Leal y el poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, entonces conocido como Ricardo Arenales, *El Porvenir* nació con “el ímpetu mental pujante que dio vida a sus primeras páginas en 1919”.

El ímpetu mental sigue tan pujante ahora como antaño con la cuarta generación de la familia Cantú y con el renovado esfuerzo de periodistas, publicistas, diseñadores, impresores, distribuidores, expendedores y, sobre todo, con el respaldo de sus operarios y trabajadores.

Ser el periódico decano de la prensa regiomontana y el de mayor antigüedad



del norte de México, es un gran mérito social y cultural para *El Porvenir*. Como medio de comunicación tiene la responsabilidad de informar a la ciudadanía de manera veraz y oportuna y, a la vez, de solicitar a los gobernantes acceso a la información pública y exigir que rindan cuentas con transparencia.

Hacer periodismo responsable es el gran mérito de *El Porvenir*.

Por ello, la frase “Si lo leyó en *El Porvenir* ¡Es cierto!”, seguirá siendo su histórica divisa y motivo de orgullo en su centenario.

Generar confianza al transmitir información cierta es un hecho que no debemos escatimar a *El Porvenir*, hoy que la ciudadanía confía cada vez menos en sus gobernantes y, por ende, en los órganos de prensa; desconfianza generada por el afán de gobiernos del pasado que buscaban mantener el control informativo con base en el dinero público o publicidad

gubernamental, práctica que está siendo desterrada por el gobierno de Andrés Manuel López Obrador en la lucha por llevar a México a un cuarta transformación social, política y económica.

Si bien ahora todo ciudadano puede difundir información y emitir sus opiniones a través de las redes sociales, en esta era digital y en futuras eras siempre será necesario que la información sea investigada y confirmada por periodistas profesionales y medios de comunicación responsables, que difundan la verdad de los hechos y de los protagonistas para que la sociedad se informe y cada quien asuma posturas y tome decisiones.

La ciudadanía tenemos la responsabilidad de estar bien informada y también la obligación de valorar y apoyar a los medios de comunicación comprometidos con investigar e informar lo que sucede en los círculos del poder político y económico, así como ayudar a separar las mentiras (*fake news*) de los hechos verdaderos, con el único fin de contribuir al avance de la democracia en cada una de nuestras trincheras.

El binomio ciudadanía participativa y periodismo honesto es lo que necesita toda sociedad democrática, necesidad en la cual *El Porvenir* se ha esforzado en aportar a la sociedad nuevoleonense en particular y mexicana en general con su trabajo periodístico de cien años.

Así, *El Porvenir* es el periódico al servicio del pueblo, que mediante la libertad de prensa contribuye para que los gobernantes garanticen el derecho a la información de la ciudadanía que busca mejorar su nivel de vida.

Por todo lo anterior, desde este espacio les damos las gracias a quienes hacen posible las páginas virtuales e impresas de *El Porvenir* y les manifestamos nuestro reconocimiento y felicitaciones.

Si no tiene cabeza pa'nada

Ismael Vidales Delgado

Tocó el timbre anunciando la entrada. Nos pusimos en pie los congregados en la Sala de Maestros de la Normal "Ingeniero Miguel F. Martínez" (todavía no se decretaba su honroso Centenario y Benemérita). Tomamos nuestros aperos de enseñanza y nos dirigimos cada cual a su grupo.

Me "tocaba" en el grupo "F"; caminaba hacia él cuando un señor acompañado de una jovencita me detuvo. "Perdone, quiero inscribir a mi muchacha, ¿dónde lo puedo hacer?" "Discúlpeme -le contesté-, soy maestro y la inscripción ya se cerró. Pero puede pasar con la maestra Esthelita, ella es la secretaria de la escuela y le informará mejor".

En seguida, sin solicitarle más información, el hombre me contó que su muchacha apenas podía hilvanar frases coherentes, que leía como tartamuda sin serlo, que no solo tenía faltas de ortografía, sino que, además, sus construcciones gramaticales resultaban ininteligibles; así que habiendo presentado por segunda vez el examen de ingreso a la UANL, nuevamente había reprobado. Su madre, ansiosa, había esperado la llegada de su esposo y prácticamente le ordenó que la trajera a la Normal y la inscribiera: "Usted, profesor, me va a saber entender. A mi hija, mucho no le da la cabeza, por eso mi esposa y yo dijimos que si no tiene cabeza para la Universidad, pues por lo menos... que sea maestra".

Estoy convencido de que si hay algo que he hecho con gusto y con pasión toda mi vida es el ejercicio de la docencia; acumulo a la fecha 60 años ininterrumpidos de dar clases, aunque no estoy seguro de hacerlo muy bien. Nunca pensé que alguien pudiera ver el magis-



terio como una carrera de ínfima categoría, tan devaluada que se la considerara como de última oportunidad.

Este incidente, ni es propio de Nuevo León, ni es cosa menor; es una lacerante realidad nacional de la Educación Superior, no sólo de las Normales. Sin embargo, debemos decir la verdad, y esta es que la profesión se ha venido deteriorando como producto del abandono y la crueldad con que el gobierno ha criminalizado y olvidado a los maestros. La matrícula de las escuelas Normales es cada vez más baja, y ahora con la evaluación para el ingreso al servicio profesional docente, las Normales prácticamente han perdido su razón de ser y en pocos años es posible que desaparezcan.

Las investigaciones muestran que los estudiantes de Educación Superior y por supuesto también las Normales tienen a lo largo de su vida, más horas de *tableta*

y *celular* que de lectura; carecen, casi por completo, de experiencias de debate argumentativo; su vocabulario es limitado y acusan bajo nivel de comprensión de instrucciones, especialmente las de tipo abstracto: matemáticas y geometría; tienen serias dificultades para expresar por escrito claramente sus ideas; pareciera que no han desarrollado plenamente el pensamiento lógico matemático y tienen serias dificultades para entender la transitividad, la reversibilidad y la simetría en las ideas y el pensamiento.

Así las cosas, tendremos que aceptar que aquel padre de familia no estaba tan equivocado cuando dijo: "Si la cabeza no le da para mucho, de perdido que sea maestra".

¡Qué tristeza me da el estado actual de la educación en México!

Destructores S.A.

Armando Hugo Ortiz

“Se necesitan desarrolladores con conciencia profesional, para preservar el patrimonio arquitectónico de Monterrey”, publicó El Norte, a propósito del derrumbe de un inmueble antiguo.

Como casi siempre, el exhorto es tardío, el daño irreversible, solo sobrevivió un muro.

Hace como cinco años, hubo personas visitando a vecinos del barrio de la plaza Mediterráneo, ofreciendo comprar propiedades, pero solo pagaban el valor del terreno, no la construcción.

Parece que lo consiguieron. Desde el año pasado han sucumbido por ese rumbo dos inmuebles al menos, uno frente a la Purísima, documentado por 15diario, y este de Serafín Peña. En las cercanías brotan como hongos condominios de varios pisos, disputando ser el de mayor

altura.

Se les adjudica a compañías inmobiliarias con nombres rimbombantes, como "Grupo Dosax", de procedencia desconocida.

No son construidos para que regresen los antiguos propietarios. Ya se anuncian en preventa departamentos en cinco o seis millones de pesos. Nada de Condominios Constitución, o algo similar.

El finado maestro Jorge Villegas sentenciaba que los table dance, gimnasios y lavados de autos, eran negocios para lavar dinero de la delincuencia organizada. Desde el año pasado se rumora que muchas plazas comerciales se utilizan para el mismo fin, ¿estos corporativos?, quién sabe.

Difícil esperar de estas empresas conciencia sobre el valor histórico de

los inmuebles. Ellos son fuereños, solo vienen a recoger el billete y adiós. Más difícil es exigirla a los dueños; para cualquier mejora necesitan autorización, a veces los descuidan hasta quedar en ruinas, depreciándose más.

Difícil para los propietarios, rentarlos para vivienda o uso comercial no es redituable, así que siempre está presente la tentación, o necesidad, de aceptar venderlas, así sea mal negocio.

Peor en otras casas antiguas del primer cuadro ciudadano, que fueron arrasadas por el bulldozer, y hoy están convertidas en sucursales del corporativo Oxxo.

a_hugo16@hotmail.com



Entrevista con Armando Alanís Pulido

Eligio Coronado

Armando Alanís Pulido (Monterrey, N.L., 1969) ha publicado 30 libros de poesía, tres de ellos en ediciones bilingües (dos al francés y uno al portugués). En 2016 la editorial Planeta, en su sello Tusquets, le publicó el libro «Balacera», siendo el primer poeta mexicano publicado por ese prestigioso sello editorial.

Ha obtenido cuatro premios de poesía, entre ellos el Premio Nacional de Poesía Experimental Raúl Renán en 2009 y el Premio Internacional de Poesía Nicolás Guillén en 2008, y le han sido otorgados reconocimientos como el Premio a las Artes UANL en 2005, la Medalla al Mérito Cívico Diego de Montemayor en 2010 y la Presea Estado de Nuevo León en 2017 (máximo reconocimiento que el estado otorga a sus ciudadanos destacados).

Aparece en varias antologías de poesía mexicana, destacando la «Antología general de la poesía mexicana», compilada por Juan Domingo Argüelles, donde reúne a los principales poetas del país desde la era prehispánica hasta nuestros días y solo se seleccionaron a cuatro nacidos en el estado, siendo él uno de ellos con poetas de la talla de Alfonso Reyes y Gabriel Zaid.

Es el fundador del proyecto Acción Poética que ha tenido alcances internacionales.

Además, ha desarrollado a la par una carrera como periodista cultural, escribiendo columnas en diferentes periódicos y como promotor, creando y animando proyectos como las colecciones de poesía nuevoleonesa «árido reino» y «ráfagas de poesía» en CONARTE, en donde fue vocal representante del área de literatura en dos ocasiones.

Fundó el ciclo de lecturas «Días feriados» en la Feria Internacional del Libro de Monterrey, fue director del Museo El Blanqueo en el municipio de Santa Catarina, N.L., y director de cultura del municipio de García, N.L.

Además, fue catedrático de la Preparatoria Num.15 y de la Facultad de Ciencias de la Comunicación en la UANL, donde estudió una licenciatura en administración y una

maestría en artes.

¿Cómo escribes?

Intento escribir con un poco de seso y de apertura mental, es decir con agudeza, con claridad y con alegría. Escribir poesía es el cuento de nunca acabar, por eso escribo insistentemente. Escribo con pasión.

¿Por qué escribes?

Porque quiero comunicarme, porque es una actividad para mi gozosa y porque es parte de la construcción de mi autonomía y mi conciencia ciudadana; creo en los efectos inspiradores educadores y sensibilizadores de la literatura. Escribir me parece un mecanismo cordial y automático para crear armonías.

¿Desde cuándo escribes?

A finales de los 80s y principios de los 90s del siglo XX, apareció en Monterrey una camada de jóvenes más entusiastas que talentosos (así nos llamaron con desprecio las generaciones mayores, solo Arnulfo Vigil y Margarito Cuéllar nos dieron nuestro lugar y apostaron por esa nueva camada); éramos muchos, en esa bola iba yo; en 1989 ya aparecían mis primeros cuentos y poemas en el periódico *El Porvenir* y poco tiempo después en la sección «de los talleres» en el periódico *El Norte* y en las revistas literarias de la época, como *Salamandra*, *Blues del Gato*, *Deslinde*, *Tierra Adentro*, *Frontera Norte*; a la par de mis poemas y cuentos siempre he escrito y publicado desde entonces columnas con temas de cultura o de política en periódicos y revistas locales y nacionales (ese ejercicio lo sigo haciendo hasta la fecha), y mi primer libro «*Carrusel*» (edición de autor) vio luz en 1993. Haciendo cuentas en este año cumplo 30 años de estar escribiendo y publicando.

¿Para quién escribes?

Quiero pensar que para todos, pero sueño que los que me lean tengan los mismos ideales

que yo: forjar una sociedad de mayor bienestar, más inteligente y por tanto, menos egoísta, más solidaria, más justa y más tolerante

¿Sobre qué escribes?

Más o menos desde la aparición de mi sexto libro «*Los delicados escombros*» (Fondo Editorial Tierra Adentro, CONACULTA, 1998) que aparecieron muchas reseñas, supongo que eso se debió a que lo presenté 28 veces, ya que era una publicación que en esa época venía con un paquete generoso e incluía invitaciones a encuentros de poetas jóvenes y a la distribución nacional en las librerías de EDUCAL. Entendí o percibí que tenía “una voz”, los temas son dos: El amor y la ciudad y de ahí se deriva todo, aunque «*Balacera*» (Planeta, Tusquets, 2016) fue un parteaguas por el tema de la narcoviolencia, éstos son mis rumbos y siempre lo serán: la ciudad y el amor, es decir, mi geografía interior y mi geografía exterior

¿Qué es para ti la literatura?

Es una oportunidad de renovar la sensibilidad, es observar detenidamente los hechos por cuanto creemos saber sobre ellos y traducirlos a la sencillez de los entendimientos y sus rangos, es un retorno en el que siempre hay encuentros sobre todo con uno mismo; la literatura, y aquí quiero hablar en específico de la poesía, es valor y no ilusión de valor, es la historia íntima y secreta del alma del poeta.

¿Qué opinas de tu propia obra?

Que es un experimento, una búsqueda incesante de siluetas, de versos, de sutilezas, de situaciones. Es el principio de la incertidumbre, tiene el poder de inquietarme y creo en ella como en el amor, porque nunca me tiene satisfecho. Creo e insisto en ella.

¿Cuándo está listo un texto?

Cuando le gusta a un lector, cuando otro lo recuerda, lo cita o lo memoriza, pero también un texto está listo cuando lo revisas y dices: hay que cambiarle algo y...

¿Qué opinas del nivel de nuestra literatura nuevoleonesa?

Aunque hay muchos ganadores de premios nacionales e internacionales, creo más en la constancia, en el oficio, eso te lleva a antologías o a que editoriales trasnacionales se fijen en tu obra y la publiquen y la distribuyan mejor; el caso más visible es David Toscana (premiado, editado, traducido); pero hace algunos años, en 2016, ocurrió uno de los hechos más importantes en la historia de la literatura de acá: 4 autores regiomontanos fueron publicados casi al mismo tiempo por la editorial Planeta, tres narradores: María de Alva, Hugo Valdés y Felipe Montes y un poeta que fui yo (la verdad yo me sentía como un colado); acceder a ese mundo de firmar contrato, de hacer giras promocionales, entrevistas, ferias del libro, programas de radio y TV nacionales, es un asunto que se da en el mundo de los narradores; me tocó esa experiencia y fue un honor ser parte de lo que el periodista e investigador literario Daniel de la Fuente llamó “La Primavera Regia”; hay otros autores que están en esos caminos debido a su constancia y por supuesto a su talento y un par de jóvenes que van por ese camino, otros han desaparecido lamentablemente con el paso del tiempo, pero tengo suficiente información que da para conformar ya un canon de la literatura nuevoleonesa y la lista no es larga; después de esto, de esta capa, de esta primera superficie, bueno hay que decirlo: hay mucha ambigüedad que indica bien el orden de las magnitudes y que se resume con un pequeño hecho: nunca hubo tantos autores que escribieran cosas que nadie lee.

¿Vives de la literatura?

Sí, desde muy joven asumí la responsabilidad y el compromiso de que mi trabajo literario es una cuestión profesional, así lo valoro.

¿Para qué le sirven los escritores a la sociedad?

Para encender el fuego que nos hará vivir mejor. Para disolver las tinieblas. Para acercarnos al ser de las cosas y las personas, a la realidad y a la fantasía y poder gravitar en el mundo. Para hacernos adivinar las formas múltiples del mundo.

¿Quiénes escriben mejor: los hombres o las mujeres?

Esta pregunta está súper mal planteada y más en estos tiempos, porque entras en la trillada discusión de igualdad entre géneros; mira: por ejemplo, de 127 veces que se ha entregado el Premio Nobel de Literatura, solo lo han obtenido 14 mujeres. Otro ejemplo, en México, el más prestigiado premio de poesía, el Aguascalientes, solo lo han obtenido 9 mujeres en 50 años. Muchos dicen que el gran poeta mexicano de todos los tiempos es Sor Juana, y a

mi parecer el mejor poeta de Nuevo León es la maestra Jeannette Clariond, y supongo que se publica a más hombres que mujeres en el mundo, pero es cuestión de gustos; en lo personal, en mi lista de autores preferidos hay más hombres que mujeres, pero nunca me he puesto a compararlos.

¿El gobierno o CONARTE te han apoyado alguna vez?

Otra pregunta sesgada, la instancia del gobierno que se encarga de la cultura como algunos saben es CONARTE; te puedo decir que el gobierno me ha apoyado porque me ha hecho descuentos al pagar el predial o el refrendo; CONARTE me ha apoyado varias veces, pero todas los apoyos fueron por medio de convocatorias y a concurso, participando contra otros creadores y además con una retribución de mi trabajo a la que estás obligado al recibir el apoyo; no creo en los paternalismos y tampoco en esa postura rebelde de asumir que estar libre de apoyos gubernamentales te hace un escritor más puro. Para escribir se necesitan muy pocas cosas: constancia y talento; por otra parte fui vocal de literatura en dos períodos (o sea 6 años), un puesto honorífico, es decir, sin remuneración y desde ahí gestioné y luché por muchas cosas a favor de los escritores y la literatura del estado; los artistas y creadores buscan y agradecen esos apoyos, pero deberíamos de ir alejándonos de la idea de que condicionan tu ideología; si alguien así lo hace, pierde toda credibilidad y es un asunto muy de su ética. Yo he estado de los dos lados y entiendo eso, las becas y los apoyos ahí están, son una opción y para mí ni apuestan, ni provocan que uno escriba mejor.

¿Autores favoritos?

Mi nuevo poeta favorito es Paul Auster (lo descubrí en ese género hace poco) Douglas Coupland, Ray Bradbury, Roberto Juarroz, Antonio Porchia, Benedetto Croce, Alí Chumacero, Edgar Allan Poe, Jeannette Clariond, Gonzalo Rojas, Luisa Valenzuela, José Emilio Pacheco, Charles Simic, Olga Orozco, Blanca Varela, Vicente Quirarte, Arnulfo Vigil, Oliverio Girondo, Pere Ginferer, Fernando Pessoa y sus heterónimos, Juan José Arreola, Luis Cernuda, Xavier Villaurrutia, Balam Rodrigo, Antonio Gamoneda, Jorge Fernández Granaos, Jeremías Marquines, Fernando Savater, Jorge Humberto Chávez, Manuel Maples Arce, Juan Goystisol, Octavio Paz, Porfirio Barba Jacob, Alfonso Reyes, Coral Bracho, Ezra Pound, Ida Vitale, Sergio Pérez Torres. Ésos son algunos que se me vienen así rápido a la mente, por supuesto que hay más.

¿Libros que te hayan impactado?

«*Poemas y antipoemas*», de Nicanor Parra; «*El libro de las preguntas*», de Edmond Jabes; «*Far-*

henheit 451», de Ray Bradbury; «*Libertad bajo palabra*», de Octavio Paz; «*Pedro Páramo*», de Juan Rulfo; «*Metamorfosis de lo mismo*», de Gonzalo Rojas; «*Arcángeles naranja*», de Arnulfo Vigil; «*Braille para sordos*», de Balam Rodrigo; «*Los minutos negros*», de Martín Solares; «*¿Por qué leer?*», de Charles Dantzing; «*Ensayo sobre la ceguera*», de José Saramago; «*El mundo alucinante*», de Reynaldo Arenas; «*Escritos y memorias*», de Fray Servando Teresa de Mier; «*Si mi biblioteca ardiera esta noche*», de Aldous Huxley; «*Cómo entrevistar a una estrella de rock y no morir en el intento*», de Fernando García; «*Mexicanidad y esquizofrenia*», de Agustín Bascave; «*Cantar de las cosas leves*», de Joaquín Antonio Peñalosa; «*Leer la mente*», de Jorge Volpi. Éstos son algunos que me han impactado en distintas etapas de mi vida como lector, por supuesto que hay más.

Tú ya generas lectores con tu obra y con las bardas ¿Cómo nació Acción Poética?

Acción Poética es un proyecto de promoción y difusión de la poesía que inicié aquí en la ciudad en 1996; con el tiempo el proyecto se ha replicado en otros lugares. Este año estamos alcanzando los 40 países que lo hacen; nació de la necesidad de darle un espacio más amplio a la poesía y de hacerla llegar a un número mayor de lectores; el lema es: “Sin poesía no hay ciudad”, atendiendo a los dos temas que me interesan más en las cosas literarias que hago.

¿Qué recomendarías a las personas que desean ser escritores?

Algunos puntos en los que trabajo cuando doy talleres de creación y de escritura son las siguientes: a) Leer a Platón, Nietzsche, Bertrand Russell, Stendhal, Hermann Hesse, Giovanni Papini, Albert Camus, Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Octavio Paz, Paul Valery, Dante, los poetas del «*Dolce Stil Nuovo*», Giacomo Leopardi, Pablo Neruda, César Vallejo, T.S. Eliot, Giuseppe Ungaretti, Federico García Lorca, porque como decía Borges, la lectura es una felicidad mayor y la escritura una felicidad menor. b) Acercarse a las otras artes y conocer la realidad social y política que te rodea. c) Vivir intensamente. d) Escribir y corregir día tras día. e) Verificar el lenguaje: purificarlo o iluminarlo.

¿Proyectos futuros?

¿Literarios? Terminar una novela y dos libros de poesía para niños, publicar una investigación que ya tengo terminada sobre la historia de la poesía contemporánea nuevoleonesa, que incluye una antología, entre otros.

DÉCIMAS DEL PROFETA BERNA

G. Berrones

Revés

Sin duda el alma se parte viendo el pobre presupuesto; debería costarle el puesto a quien dirige Conarte; la administración no es arte, sí político interés; sabiendo el Bronco cómo es: zopenco y harto ignorante y un congreso petulante, el arte sufre un revés.

El Porvenir

Allá por el diecinueve del siglo XX pasado *El Porvenir* se ha fundado un 31 de enero; el periódico señero de don Jesús Cantú Leal; confió la dirección a un tal Porfirio Barba Jacob; y aquel Pegaso cumplió sus cien años de informar.

Venezuela

Es muy larga la nariz del gobierno americano en todo se mete ufano sea de donde sea el país ¿quién le dio poder así? si fue Dios, no me consuela, ¡ay, pobre de Venezuela! sufriendo entre dos orates los dos son un disparate y al pueblo nadie lo pela.

Poder

Dirigente de un partido, también es jefe de estado; el voto que se le ha dado lo convierte en presidente; y un congreso diligente le otorga mayor poder; no se vaya a envanecer, confiaré en su inteligencia; y ante todo la prudencia del señor Andrés Manuel.

5 de Febrero

No es Constitución la calle más amplia de Monterrey es el libro de la ley que rige a México entero y fue un 5 de febrero el día que se promulgó un barbón fue el propulsor, Carranza se apellidaba, hoy está toda parchada cual proletario calzón.

Decepción

Será frustración o engaño haber entregado el voto al gobernador que ha roto el orden casi cuatro años y el recuento de los daños lacera con su indecencia se buscó la independencía y el rechazo a los partidos se rechazó y hoy estamos más jodidos con la burda intransigencia.



Presentación:



Comentaristas:

Luis Lauro Garza, Horacio Flores y
Eloy Garza González

Jueves 21 de Febrero / 19:00 horas

Pulquería Insurgentes

Insurgentes sur 226, Colonia Roma, Ciudad de México.



CULTURA
UANL



La Quincena MTY
política • sociedad • cultura



Español de Palabras Frecuentes
Los Insurgentes